

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001004143528

OBRAS DE SEBASTIAN SALAZAR BONDY

TOMO III

© DERECHOS RESERVADOS por Irma Lostaunau de Salazar
c/o Francisco Moncloa Editores S. A.
Apurímac 337, Lima, Perú

Sebastián Salazar Bondy

PQ

8097

S233

1967

U. 3

POEMAS

PATRONATO PARA LA PUBLICACION DE LAS OBRAS
DE SEBASTIAN SALAZAR BONDY
FRANCISCO MONCLOA EDITORES S. A.
Lima, 1967

LA POESIA EN LA VIDA Y EN LA OBRA DE SEBASTIAN SALAZAR

Como creo no haber ganado todavía el distanciamiento indispensable para la perspectiva amplia y la apreciación objetiva, al escribir estas páginas de homenaje a Sebastián Salazar Bondy no me atreveré al análisis crítico de su obra ni a proponer el lugar que ocuparía dentro del panorama de nuestras letras contemporáneas. Más bien, ya que en el transcurso de los años, al azar de encuentros y conversaciones, de lecturas y relecturas, de los comentarios e informaciones de amigos y enemigos (o simples conocidos), uno va adquiriendo de toda persona que frecuenta una imagen que, con el roce del tiempo y las fluctuaciones de toda experiencia humana, oscila o se difuma en sus pormenores pero se enfoca y refuerza en los rasgos esenciales, me limitaré a un esbozo de lo que para mí es inmediatamente patente y reconocible y, tal vez, también, indeleble y aceptable, ahora o más tarde, por un consenso mayor de opiniones.

Lo primero que distingo es la prominencia del poeta en Sebastián. Por sobre el vaivén y la agitación de quehaceres múltiples, la exuberancia de esfuerzos, la generosidad y prodigalidad de sus actividades, hay un remanso continuo, un agua tranquila donde Sebastián se refresca y desaltera, a donde huye de la sinrazón y la desavenencia cotidianas, se oculta al tumulto, sublima —también— su propia desazón y angustia y, en fin, se renueva y rehace. Porque la poesía no fue en Sebastián ocupación marginal, inconsistente o mudable, sino meollo, corazón, núcleo vital de su ser. Es ella la que permitió el equilibrio de su vida, por ella no cedió al vértigo de la desesperación, en ella se redime de tanto trajín inútil, de tanto trabajo vano por remover la fealdad y maldad que nos apabulla. La poesía es su triunfo secreto.

El recato, la timidez casi con que nos la proponía —sorprendente en quien esa calidad no se dejaba sentir en las demás circunstancias de su trato— servirían de testimonio de su fervor si no tuviéramos otra prueba incontestable, su elección como epígrafe para uno de los libros de su primera juventud de un fragmento del poema “A las Parcas” de Hoelderlin, citado —presumimos— en la versión española de Luis Cernuda. En esas líneas el magnífico poeta del lirismo más exaltado y más rotundo se dirige a las poderosas Parcas y les suplica que le concedan un verano y un otoño para madurar su canto. Porque *No bajará tranquilo al Orco quien no ha ejercido aquí su derecho divino*. Y luego exclama (y son los versos del epígrafe):

*pero si un día alcanzo lo sagrado, aquello
que es caro a mi corazón, el poema,
bien venido, entonces, oh silencio del reino de las sombras.*

También para Sebastián lo más entrañable fue el poema y pudo él igualmente alejarse tranquilo pues lo logró con frecuencia.

[Para algunos será incómoda o desconcertante esta valoración que hago (supervaloración estimarán ellos) de la poesía. ¿Pero podremos imaginar una vida humana enteramente desprovista de hasta el más mínimo rastro de poesía, inmune a cualquier especie de experiencia estética y artística? ¿No será lo distintivo y exclusivo humano esa turbación ante la belleza de un rostro, un paisaje o un objeto o, en veces, nada más que unas palabras puestas juntas de cierta manera, con un arte tan particular que nos remueven la conciencia (y más adentro aun) y nos hacen vislumbrar aspectos —nuestros o del mundo— insospechados, atrayentes o repulsivos? Recordamos la sentencia de Pierre Reverdy, poeta por antonomasia, que centellea reveladora: *Yo escribía para vivir —es decir, para crearme.*]

Comprobada que la necesidad de expresión poética en Sebastián no sería sino paradigma claro y evidente de una ley de aplicación general humana, que la ausencia de esa urgencia vital sería más bien síntoma de deshumanización, evidencia de un proceso de reversión y descomposición, no podemos sin embargo sino asombrarnos de la capacidad de resistencia que tuvo en

Sebastián, de su renuencia a ceder posiciones, su facultad de rehacerse en el ambiente más hostil y contra toda adversidad.

Sebastián fue siempre capaz de poesía, de crearse y recrearse en ella; por ella, sin duda, vivirá y será recordado.

*

Habiendo sostenido que lo primordial en Sebastián fue el poeta, podríamos preguntarnos ahora sobre lo distintivo de esa poesía; ¿qué fue lo que nos hizo alertar el oído cuando por primera vez notamos a la lectura que nos hallábamos ante una voz insólita que declinaba una experiencia lírica no reducible a otra alguna conocida por nosotros?

Debo manifestar que ello me ocurrió precisamente al leer los poemas recogidos en *Los ojos del pródigo*. Sebastián, autor precoz, ya había publicado una serie de breves colecciones de poesía y aun había incursionado en el teatro, pero fue sólo a partir de ese libro que tuve la impresión de un enriquecimiento, de un dominio poético inédito y recién conquistado. Antes, los intentos habían sido más que honorables, pero parecía que no conseguían abrirse un camino propio, que cierto temor a lo espontáneo y directo turbaba la corriente poética, que el autor acudía a cuanto artificio para el ocultamiento, el disfraz y el disimulo había logrado apropiarse. Sebastián se complacía en ser "la persona oscura". De pronto, todo había cambiado y el ejercicio anterior, toda la hermosa retórica, se justificaban plenamente puestas ahora al servicio del propósito opuesto: no esconder sino mostrar; no temor al sentimiento, a la emoción, sino uso perfecto de los medios de expresión, sin una falla, sin sobrepasar nunca el decoro ni caer en efectos fáciles, sin insistir un ápice más allá de la palabra justa y necesaria para revelar la experiencia íntima, la del corazón y la sensibilidad.

(Indudablemente, el apartamiento de la patria y otras experiencias vitales y literarias, entre las cuales sospechamos quizás fuera factor coadyuvante la poesía ejemplar de Jorge Luis Borges, ayudaron y apresuraron la eclosión poética, esa rápida maduración de la personalidad artística de Sebastián.)

Se podría objetar que tal predominio del sentimiento es lo común en poesía y mencionar una reflexión de Reverdy: *El poeta no vive casi sino de sensaciones, aspira a las ideas y, al final de cuentas, no expresa más que sentimientos*. En verdad, los ingredientes de la poesía —que son más variados que los apuntados por Reverdy e incluirían como posibilidad el conjunto total de la experiencia humana— pueden ser siempre, más o menos, los mismos, pero la insistencia mayor o menor, el acento, el tono, y, además, las relaciones diversas de los elementos entre sí, constituir lo peculiar de cada poeta. Sin embargo, hay que admitir que uno de esos elementos, según se haga presente, puede determinar el éxito o fracaso del poema como tal: la carga emotiva que lo sostenga o impulse. El poema no nos alcanzará, no levantará en nosotros marea emotiva alguna, no nos moverá, en suma, si el poeta no ha cogido y doblegado algún potro salvaje del sentimiento o la pasión. Tenemos aquí en juego dos fuerzas encontradas: un empuje violento, ciego, pronto a desbocarse, y una voluntad de dominar, de enrumbar, de dar apariencia hermosa e inofensiva, de ceñir a la regla, de dar un “estilo” a esa fuerza bruta de inclinación asesina. Una definición posible del arte, de la poesía, tendría por ello en cuenta esas dos presencias indispensables y es lo que, a nuestro parecer, ha intentado Michel Leiris con su tesis “de la literatura considerada como una tauromaquia”.

Al arte sería siempre necesario una constante de peligro mortal y ¿cuál otra podríamos descubrir bajo las concertadas y armónicas imágenes sino la de las pasiones que oscura, tenaz e irremediablemente dan temple o corroen al hombre? ¿No es ésta la escena ideal para representar la condición humana y el destino del hombre? (¿No estamos haciendo patente —una vez más— la necesidad del arte, de la poesía, para el hombre?) Todo aquello “inútil”, “gratuito”, “inexplicable”, pero en cierta forma tan próximo al hombre, tan revelador de él mismo, tan hecho a su imagen y semejanza.

Las analogías que Leiris encuentra entre la literatura y la tauromaquia y que iluminan los papeles tanto de la una como de la otra, ofrecen un material fascinante para la especulación teórica, pero de su ensayo sólo queremos traer a colación ahora una frase

que encontramos pertinente porque nos esclarece algunos atributos hallables en Sebastián y que, según Leiris, son los distintivos de un género "mayor" de la literatura. Este comprendería *las obras en que el cuerno está presente bajo una forma u otra: riesgo directo asumido por el autor ya sea de una confesión ya sea de un escrito de contenido subversivo, un modo de considerar la condición humana de frente o "cogida de los cuernos", una concepción del hombre que compromete a quien la sostiene respecto de los demás hombres, una actitud determinada ante cosas tales como el humor o la locura, una disposición para servir de resonador de los grandes temas de lo trágico humano.*

No nos sorprende comprobar que todos los riesgos enumerados fueron consciente y valerosamente asumidos por Sebastián en su vida y en su poesía. Siempre estuvo dispuesto a confesarse, a la confidencia en alta voz, aun de lo que muchos vergonzosamente ocultan, y a admitir errores y arrepentimientos. La subversión fue compañera constante suya y explícita o implícitamente presente en toda su obra. Se atrevió a medir de frente la condición de la especie y cogerle los cuernos. Su solidaridad con los otros (*Pertenezco a muchas gentes*) es leit-motiv de su poesía. Sabíamos igualmente honde hallarle cuando se trataba del humor, de lo grotesco, de lo infame, o de cualquier otra manifestación sublime o baja. Y en él vibraron no sólo los grandes temas sino también otros más humildes, más modestos o más descuidados por la poética contemporánea. Supo decirnos de la ternura familiar, de la nostalgia del país natal, y sublimar hasta la santidad esa mujer que juntaba perros *como los frutos de su vientre.*

Lo admirable es que bordeando siempre el peligro de lesa poesía nunca cayera en la trampa de la sensiblería o el sentimentalismo, que su poesía quedara inmune de hojarascas y rimbombancias. Hay un esforzarse en lo escueto, lo preciso; se insinúa y no se subraya. Y esta parquedad, esta seguridad, este dominio de la expresión poética es lo que tal vez sea su virtud mayor y también, posiblemente, ese rasgo peculiar que quisimos captar en su poesía.

EMILIO ADOLFO WESTPHALEN

NOTA SOBRE LA POESIA DE
SEBASTIAN SALAZAR BONDY

Quizá una de las notas más vibrantes del vario y personal que hacer poético de Sebastián Salazar sea la melancolía. El poeta permanente que en él alentó supo dar testimonio de la experiencia cotidiana, sin desdeñar nada. Fue un testigo ligado a su visión, no un espectador. No es difícil sorprenderlo en actitud reflexiva, entregado a una corriente de pensamiento a cuyo influjo el simple, el humilde acaecimiento diario se intimiza, se vive por dentro, pues lo lleva a la luz del corazón tocándolo así de crepusculares destellos:

Si otra vez me encuentras como ahora
y cae este chorro de pena desde mi triste frente

(*Confidencia en alta voz*, pág. 51)

El sueño ha recogido sus velas
y ya navego por el lento sopor del verano,
estibado de melancolías

(*Confidencia*, pág. 91)

Oculto estas imágenes pálidas, pongo
entre otras cosas antiguas estas cosas,
cierro el álbum triste del corazón.

(*Confidencia*, pág. 83)

Las cosas, los seres, los hechos están penetrados, a veces henchidos, de cierta delicada congoja, la misma que nos llega a parecer, por fuerza de esta interna perspectiva, una irremediable condición de la existencia. Un dejo de tristeza, según el propio poeta señalara en una oportunidad, se percibe, por lo demás, a lo largo de toda nuestra poesía.

Pero Sebastián Salazar no quedó confinado al papel de melancólico testigo de un devenir al que fuere ajeno; si bien es sensible, agudamente, a pálidas luces y emblemas de acabamiento, no es, en modo alguno, inmóvil espejo de atardeceres. Sale en busca de los seres, actúa, participa con ellos, al lado de ellos, sobre ellos; conquista activamente sus esencias, adivina sus destinos. Ha platicado a menudo con “su interior hombre” (como lo dijera Francisco de Aldana en verso que le sirve de epígrafe a *Máscara del que duerme*), ha descubierto hondas certezas, personales primero, luego sociales: la existencia nacional que tanto le preocupara y que tan lúcidamente revelara:

Pertenezco a una raza sentimental,
a una patria fatigada por sus penas

.....

El tiempo es implacable como un número creciente
y comprendo que se suma en mi frente, en mis manos,
en mis hombros, como un fardo,
o ante mis ojos como una película cada vez más triste.

Confidencia en alta voz de una conducta sentimental (como lo declaran los títulos de dos de sus libros). La resonante gravedad de este tono es resultado del encuentro de reflexión y sentimiento. Invade éste, penetra, el cuerpo total de su poesía; es la toma de contacto —a nivel profundo, cordial, intuitivo— con el mundo personal, familiar, comunitario. Profundo, no oscuro; cordial, no plañidero; intuitivo, no caótico. Porque de esa naturaleza es la luz del corazón. Desde sus primeros poemas (en los de *Voz desde la vigilia*, por ejemplo), podemos percatarnos cómo va definiendo una clara línea de simpatías estéticas, la que va de Valéry a Borges, que es de contención y medida (la regla que corrige la emoción, que dijera Braque). En ese cuaderno hay versos en los que refringen aquí y allá los entusiastas, meridianos endecasílabos del poeta de *El cementerio marino* (“¡Belligerancia de la nada acaso / mas tu legado se me advierte y vive!”; “mi clausurado párpado / atribúyese umbral y te enajena”). De otras fuentes más, las castellanas y clásicas en especial, nutrió Salazar su palabra flexible y fina, patéticamente comunicativa. Su riqueza verbal supo ponerla al servicio de imágenes delicadamente elabora-

das, prolongadas filigranas entre cuyos hilos palpitará siempre la belleza y la vida:

porque cuando me acerco a la luz corporal,
cuando en el pecho me estalla esta estrella apasionada,
todo peso desaparece y marchó por el aire
como esas flores insignificantes hechas de filamentos
que se elevan del suelo y ascienden
al modo de una lluvia terrena que llena el arca del cielo.

(*Confidencia*, pág. 45)

Yendo por las interiores galerías del poema, por esos pasajes desde cuya altura atisbamos la recóndita germinación de motivaciones y temas, podemos descubrir la presencia de un amor entrañable, el familiar, que tan punzantes huellas ha dejado en ellos:

Estoy aquí, pero en Lima
despertará mi madre cuando el perro
gima a su puerta, le dé los buenos días, la bendiga,
porque su mano es como un fruto que no cesa.

(*Confidencia*, pág. 75)

Prodigiosa materialización de este afecto, la casa:

El lugar donde uno concluye es la casa,
su fuego cálido y levemente sonoro en cuyas llamas
la poesía se serena y anuncia
el solitario gose de sí mismo.

(*Confidencia*, pág. 15)

Amor en el semblante familiar del perro y de la hormiga,
en la buena noticia del parto venidero,
amor como un fanal de vino en mis zaguanes,
como un geranio de hotel, como la cena pura del domingo.

(*Cuaderno*, pág. 11)

Es una peluca dorada afuera en el resol,
una pared silenciosa de moho y risa,
una escalera añosa que murmura dulcemente.

(*Cuaderno*, pág. 9)

Así, la familia, la casa, el hogar, en su cotidiano devenir, en sus miembros y enseres queridos, señalan su paso cálido, añorante,

en su obra poética; en Salazar no se debilitarían nunca estos tiernos y profundos vínculos. *Los ojos del pródigo* (título de uno de sus libros publicados en Buenos Aires cuando el poeta residía en esa ciudad), patentiza la constancia de este sentimiento: ausencias y recuerdos del hijo lejano, peregrino. Y la mesa llega a convertirse, por esta vía, en un símbolo pleno: la mesa del sustento, la mesa de trabajo y desvelos, la amistosa mesa de la tertulia:

Estará servida la mesa y en torno a ella
las cabezas no se volverán para ver cómo llego
hasta el convite y tomo mi puesto de hijo mayor.

(*Los ojos*, pág. 16)

No le digo siquiera la tez del tamarindo
fresca como la tarde cristalina en la mesa

(*Cuaderno*, pág. 12)

No he de estar siempre entre papeles y humo,
cuentos y fotografías de poetas y aventureros
ante una mesa de pino y bajo la lámpara que ilumina
este rincón que habito y lleno de mi calor de amante.

(*Los ojos*, pág. 23)

Es grato, por ejemplo, escuchar esa voz o ésta
fluir sobre la mesa como un arroyo incesante

(*Los ojos*, pág. 21)

En sus últimos poemas volvería como una y otra vez lo hizo, a la nostálgica evocación de la casa paterna:

Nací en un leve nido
de barro y caña de Guayaquil

.....
mas siempre mi vida buscó la dulce habitación arbórea,
el ovillo de barro y caña,
la cavidad suspendida en la sombra original

(*Sombras como cosas sólidas*)

Conmovedora, por humana, es su sentida necesidad de compañía. Menciones e invocaciones al amigo, al prójimo, acuden con vehemente frecuencia:

Dadme ese té que no puedo mirar sin sentirme
junto a un calor de cuerpos semejantes

(Cuaderno, pág. 10)

Hombres y mujeres que me ofrecen su compañía
sin conocer mi voz y ni haber pronunciado mi nombre,
sólo porque entre ellos soy uno que celebra
cómo la vida nos reúne en una misma estación.

(Los ojos, pág. 13)

Esa condición hogareña, esta disposición y deseo de humanas relaciones va trazando luminosos hitos en su emotivo itinerario: la casa, el vecindario, el barrio, la ciudad, el país. Su inspiración, en no escasa medida, sigue el hilo conductor de la vida urbana. Salazar sintió como nadie a su ciudad, como nadie también la juzgaría, pues Lima le pesó duramente en el corazón. En ella asistió al doloroso drama del egoísmo y la preterición, y ella estaría en el origen de "unas cuantas díscolas imágenes del mundo". Pero su condena no sería abstracta, ya que, como hemos apuntado, fueron muchos y sólidos los lazos que a su ciudad lo ataron, los mismos que se muestran en los mil rasgos sutilmente significativos que supo ver en su experiencia anecdótica, que supo decir con elocuencia:

Lima, aire que una leve pátina de moho cortesano,
tiempo que es una cicatriz en la dulce mirada popular,
lámpara antigua que reconozco en las tinieblas, ¿cómo eres?

.....
Lima, rostro que ha tallado en la niebla su gesto menos
glorioso,
color que se disuelve en el cielo como un azúcar mortecino,
paz que se extiende entre una nube y una lágrima,
¿cómo eres?

(Confidencia, pág. 59)

Y con irrecusable certeza, propia del conocimiento poético, sorprendióle en el rostro el desolado gesto de un desolador símbolo moral: "Dejo... el cielo sin cielo de mi ciudad".

JAVIER SOLOGUREN

VOZ DESDE LA VIGILIA

(1944)

*En ella lo negro abunda:
y todo lo que inspira es
nocturno y profundo.*

BAUDELAIRE

PLENITUD PARA AMAR

I

¡Larva de los estambres,
celular en la esencia del viento y la marea!

Oh, la estancia aterida
de frutos porvenir donde se escuda.

El agua la conoce. Tal como a las espigas
colmó de minerales
sus estrías primeras

II

Acaso tras la umbela de tus labios maduros
hay un cristal —dominio
de aristas heridoras—

Alambique de inútil pasión, en los umbrales
del placer te adivino.

III

—¿He aquí algún recodo?

—Sólo el aire de andantes secretos
atisba sus aromas y se cuaja en su pelo.

—¡Buen viejo caminero del viento, en su desvelo
desciende a las honduras
de su íntima frontera!

IV

(Llaga de innumerables puertas
que atravesó el insomnio)

Mi costado está abierto
y yace su memoria solícita en su escombros.

V

Vocación de mis manos vegetales descubre:

—Oh el paisaje lívido de pánicos oscuros—

Estación frutecida, sus fluviales empeños
irrigan los lugares sensitivos del yermo.

El polen se avalora
en su caudal hallado torneo de esperanzas.

VI

Su llanura de triste constelación
le otorga
silencios de desierto —¡ah mi sonoro estado!—

Mil niños con mandiles de hierro han acudido
del fortín del deseo.

¡Instante del combate!

Las dagas empolvadas silenciarán la carne.

VII

Un pavor desolado

se ha interpuesto a mi voz y su origen
de imagen insegura.

— ¿Quién ha de descubrirme,
ardua semilla y de dolor creado?

Sólo un tiempo frenético de jazmines violados
acompañala, en tanto
la ausencia ha concurrido a la mesa de orgía
del denuedo y la pena.

VIII

Nacida de montañas y de fuegos,

—hoy síntesis de huerto—

pájaros y flechas plasmo de cada plenilunio.

¡Trópico de ternura!

Vuelo de aves y flechas

tras los últimos tintes de lapso que concluye.

Un horizonte intacto

yace entre sus pupilas tenebrosas de afecto.

IX

Pasos en el sendero tierno de las estrellas,
como un clamor tardío
sus ojeras de grises hálitos desconozco.

El alma agrupa toros
desbordados en negras cornamentas agudas.

¡Hay polvo en los caminos!

X

La llamarán las voces —¡olifantes internos!—
al secreto martirio.

—“Seré la oruga humilde— su voz se destejía—
que nace en el peciolo oculto del olvido”

Y orillaban el eco sencillo mis instintos
al margen de los valles
calientes de su cuerpo.

XI

¡Canto!

(Sabad que tras la espuma se esconden los sonidos)

¿Acaso la simiente huye del sol y busca
el horror de la piedra?

XII

Heredad de negrura
guardará mis antiguos impulsos en su espasmo.

Oh endurecida piel
que escondió mis esquelas azules de entusiasmo.

Oh nota breve y trémula.

¡Tras de morir los álgidos gemidos del invierno
aun la sed silente
para amar halla toda plenitud en sus labios!

... Y HE AQUÍ LA CERTEZA

¡En soledad lo dijo
mi sangre incontenible de insurrecto!

El alma —como una alga subcutánea—
es desamparada estancia de sueños,
de enredaderas totales, como cruces;
breve pupila de imágenes furtivas
donde peces y manzanos,
donde caracolas tibias
y orugas desdeñadas se adhieren
a restos conocidos de labios y murallas.

Amor de itinerario jubiloso y sólo mensurable
en letras y poemas,
se retiene por áncoras sencillas
a orillas del día —amado y renacido—

Y es entonces,
la levantística soledad, y el mar de dudas,
y el mar de ausencias
—como ola inusitada—
al pie de los recuerdos destruída.

Es tal el testimonio
que circula en la sangre
apresurada y casi insospechada.

En esta soledad
—ave, infatigada nave—
mi vigilante voz ha confesado
del alma, sueño, amor redescubiertos.

POBLACION EN LA SOMBRA

I

Ah, flor teñida, andante sembradora
del silencioso agro de las sombras,
en tu humedad labial viene y se intima
la noche, la campana acogedora.

Así entre tu mirada
lejana como nube, henchida vela
—calvario irrenunciable—,
decapitado el tiempo te señala
mi adolorida alcoba.

¡Ah sonido tan sólo, allí se nombra el sexo,
encabritado y ya vencido en su dominio
por tu nocturna ausencia infiel al día!

Roja corola en cuanto advierte carne,
blanca corola en cuanto advierte espuma.

En cada espacio quedas
indoblegada y tibia entre las telas,
y al punto se adivina
tu enemistad guerrera hacia la aurora.

II

Aquí el claror. A mi heredad viniera
a cambio de tu huída,
a cambio de tu sola prisa unánime,
solidaria al retorno de mi duelo.

Yo sé —dormida luna—
tu inmanente estirpe de amazona.

En un corcel de plumas y en la noche
te avecinas al músculo vencido.

Te desconozco en cambio cuando asistes
al festejo de luz de la vigilia,
cuando el silencio ya habla.
¡Tú, toda llena de una aurora madre!

Mi diaria culpa se halla allí,
marítimo paisaje:
vegetación de masculinos miembros,
los guardias ojivales, tus juglares,
dromedarios azules sin joroba
y tus faunos gendarmes,
silenos de trompetas vegetales.

Afiliada a la noche, de la noche
germinan tus cabellos
y aún tu cabellera abierta al viento.

Ciudadana nocturna, sembradora
en el estanque cóncavo,
del júbilo instantáneo.
¡Mi clausurado párpado
atribúyese umbral y te enajena!

III

Tu cálida inminencia
al lecho, sensible aldea crea,
las aves irredentas allí de plumas vencedoras
se duelen y recobran
su epitelial destino.

Y sobre tí, y en tí,
cubriéndote en tu bélica constancia,
mi mano excluye su orfandad de fuego.

¡Beligerancia de la nada acaso
más tu insistencia se agudiza y crece!

Y tu burgo, aldeana del nadir,
tu academia, tu haz de fondo mío,
que nace en mi diafragma,
lo siento desclavado en su martirio,
en la raíz que me ata al sol
y al día y nos divorcia.

En el rincón tan mínimo del sexo
renaces tú, insuperficial y heroica,
tangible como grito
y armada de tus muslos gladiadores.

¡Beligerancia de la nada acaso
más tu legado se me advierte y vive!

IV

Marinera del mar, sirena que esfumina
las artistas postreras,
tu pléyade de peces
entona su himno a la caída estrella.
Planetaria de raza, en su acabarse
la ola crece y se ensimisma toda.

Espuma te corona
en la lineal aclamación del agua.

Valiente navegante, entre las algas
los caracoles alzan su espiral destino
a modo cierto en la plural arena.

¡Velámenes al viento,
sentidos marineros, a las naves,
romped pesado hierro y atribuidme remos
para ir al mar huyendo a la alborada!

Tu ecuatorial cintura
se estrecha y finge en tu inquietud gaviota.

He cogido galones almirantes
de duelo en tu cabello.

Ya soy el litoral que se redime
en cuanto muere el pleamar del celo.

¡Dejadme marinero, mi sirena
vuelve a su patria en cuanto intuye el cielo!

V

Fidelidad la tuya de flor a tallo,
de horizonte a mar.

¡Fidelidad de imagen,
apenas se destruye el cielo en pétalos de luz!

Vecina a la pestaña, capitana
de navío pirata,
cae hacia adentro la mirada,
y su tropel corsario
invade ya el recinto abandonado.

Doncella sideral,
sembradora incesante,
la tarde en su martirio de entreluz,
abierto el vientre,
en muerte desgarrada, el día
te intuye esclava en mí y fuga entonces.

¿Despertará aún el centinela
al cabo de su ronda planetaria?

¡Fidelidad a la sombra te conduce
y espanta al sol tu conversión de espada!

VI

Persecución se incauta
de esa tu voz de indescrípible océano.

¿Qué doblez de amargura
en su pasión cristalizada en calma?

Su ternura sólo semeja al eco
y se refugia en la oquedad del hueso.

¿He de esperar tranquilidad de mármol
para poderla hallar en el silencio?

VII

Expatriada del día, sembradora,
¿acaso tomarás por siempre forma
cuando el sueño sin alba nos recoja?

Su vida se consume a madrugada
como si descendiera desde el cielo
la doctrina homicida de la aurora.

¡Hallado en orfandad,
y la imagen de flor en mi dominio!

¡Vedme aún soledad multiplicada
y dominada por la luz mi alcoba!

CUADERNO
DE LA PERSONA OSCURA

(1946)

*... pero si un día alcanzo lo sagrado, aquello
que es caro a mi corazón, el poema,
bien venido, entonces, oh silencio del reino de las sombras.*

HOLDERLIN

PEREGRINACIONES DE LAS HORAS

A Jorge Eduardo Eielson, Javier
Sologuren y Fernando de Szyszlo.

I

Al abedul de lunas de la alcoba y el rezo
crecido entre mi sueño y el tardo desayuno,
asombrado en su aroma de lluvia, gasfitero,
llámolo así quehacer de amor y pena,
a flor de alto nevar, sobre el cielo de abrigos
que cubre las alubias frescas en los antiguos
hules, en los sombreros de paño, en las sonrisas.
Es algo, rosa grande, gente que pasa golpeando el leño
o el nocturno felpudo, por escondida hondura,
o en los rostros vecinos como en cándido vuelo.
Es una peluca dorada afuera, en el resol,
una pared silenciosa de moho y risa,
una escalera añosa que murmura dulcemente.

II

Dadme ese té con sabor de cancela cubierta
de miradas y duchas, la noble bebida amorosa,
el olor húmedo, hondo, del antiguo pariente y sus hijos,
la lágrima ácida que el tiempo ha vertido
en sus odres dormidos, en su cinema cálido de abejas.

De la taza de brazo roído, con huellas
de uñas molidas y de tierras del patio,
veo quedar en medio del calor de la frase,
en el estanque sonoro y líquido en que miro,
su tenue blancura de muslo,
su encanto, opaco limo, de membrillo.
La veo caer, caer y quedar sola,
y vacía como un oboe difunto y triste
que resuena en las barbas rojizas del abuelo.
(¡Oh, el comején y el árbol en su sombra!)

Dadme ese té que no puedo mirar sin sentirme
junto a un calor de cuerpos semejantes,
junto a una muda,
junto a su loza machacada y dulce.

III

Este amor que se corta como la leche, que es de visillos
y portones cerados en un alba de herrumbre,
flora de aroma, en noche, en fronda y lana, flota
y espía el noviazgo y a la muerte en su trineo episcopal.
Es harpa en que la música breza su negra avena.

Tras el cristal del sueño vaga un niño
ebrio en patín y prisa, sedentario,
y mira en sus muletas sonoras sostenerse
a los hombres de nadie, solitarios,
que aman la voz de pez de los soldados
o el duro raso verde de sus brazos.

(Aquel amor aborrecido
esconde el labio y es un pájaro roto, iluminado)

Amor en el semblante familiar del perro y de la hormiga,
en la buena noticia del parto venidero,
amor como un fanal de vino en mis zaguanes,
como un geranio de hotel, como la cena pura del domingo.

IV

A ella no le digo que la bota del día molesta
por su orín de luz y su suela de aceite
cuando anda en los algodones temblorosos del habla
y en las vigas que trizan las ropas del invierno.

No le digo siquiera la tez del tamarindo
fresca como la tarde cristalina en la mesa
cuando bebemos por la memoria de un cadáver
sentido adentro, en la onda gris del tiempo
que surca la palma de anciano del arcángel
que cuida del higo y de la guinda.

No sabe que nadie habita el aire en mi deseo,
que nadie ha tocado el polvo en el hueco de mis ojos,
que nadie verá el gusano que busca la sal de la bilis.

Para ella, mientras ignora el cauce de la dicha,
sólo soy una puerta de sangre derramada.

*He sentido el suelo hundirse al caer
la noche, inquieto y absurdo.*

ELIOT

*Si a un dios cantáis, el dios
contesta con silencio.*

RILKE

V

Sé que en las noches es fácil ver
el ojo pesado del dios atravesando el vino dulce,
el papel escrito y el poema,
porque el ruido comparte con él su sillón venerable
apenas la sustancia se levanta en sus patas de corcho
y cojea en la alfombra y en el poste.

Todo es semilla eterna que se abulta
y rompe la forma natural del ábrego y la espuma,
del clavo y la guitarra, y crece
arbusto hermoso de oscuros racimos sobre el sueño.

Nada más bello que escuchar
el fragor del vicio solitario
como una melodía de uvas dulces estrujadas.

VI

En todo aquello de que hablo hay temor,
hay piel de gato silenciosa por los suelos,
hay pequeñas imágenes y moscas y cuchillos
y gracia dulce en su saliva.

Madre escucha venir con sus coturnos de acecho
al dios de la salud en su coche de mimbre
y hay todavía en las ventanas que al estero
abren su interna paz de dormitorio,
el amuleto mágico de pelos,
el nudo, el alfiler muerto.

Hay un vago temor cuando algo se detiene o las cortinas
danzan al lado mismo de las almas cercanas.

Tanto valdría soñar como abrir las puertas del mar.

ELUARD

VII

Con el mar me hermano, me acribillo, me alzo
sobre la piña dulce y el goce de la escuela
con su umbría de camas y con sus caramelos.

Con el mar me sucede perderme,
hacerme móvil como en sus senos de hervor
gira el madero triste del náufrago, el caballo
de los ancianos reyes del agua
caído entre sus lianas transparentes y el mármol.

Hay en ello una pena, una melancolía
de astillas húmedas y escamas, redes, llamas,
hay también un poco de sangre
que se pronuncia en el labio, en la pipa, en los molares.

Con el mar estoy como solo, sin embargo.

*Del vientre a la prisión viene en naciendo,
de la prisión iré al sepulcro amado,
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.*

QUEVEDO

VIII

La muerte viene en el polvo, en la grasa del buzo,
con su ruidoso holgorio de lentes y peroles,
y habla como si nada fuera desconocido,
y con sus viejas llantas oxida las paredes
y horada los libros, besa las orejas del molusco
y desgrana mis flores.

Espesa sangre a litros la suya que no olvida
el párpado del vivo ni la legumbre parda,
ronca sangre con grito, ronca pierna que sigue
los ríos de la casa y se oculta en la ortiga
donde el grillo relumbra con su lágrima fría.

(La buena suerte me entristece:
en mi frazada el calor tonto de unos muertos).

Es ella, virgen deshojada, la llama,
ésa la que dora mi sexo de coles amarillas,
la que asombra de lejos con su voz de esperanto,
la de humilde cubierto y de linterna pálida:
ella y su fiambre de dentaduras postizas,
con su mano de polvo llega, avutarda,
con la loca belleza de sus sortijas de polvo.

IX

Ahora que mi silencio se hace claro
y vienen los coches de los recientes muertos de la aurora,
yo te deseo cristal pequeño, limadura de piel,
sobre mi sábana y sobre mi costado,
encima del violín de mis pies puestos en tu trono.

A la o clamor de la noche, búscame en el río
o en la yerba delicada del amor
o en las ropas viejas de todos los mercados.

Búscame en esta hora y cuando me halles
como un ovillo de ángeles entre la lluvia,
vuelve a tallar en piedra tus cantinas,
tus medallas, pon tu escoba
entre el escombros y duerme, amiga.

X

Enfermo y harto del destierro, entre podridos
gestos de mi madre, entre la sal callada del poema,
entre el limo y la sierra, no me escuchan
como otro caminando sin camino.

Ya veis de qué astilla me aquejo,
de qué menudo amigo os habéis hecho,
de qué demonio hacéis tanto quebranto.

MEMORIA DEL SUEÑO Y SU CUCHILLO

*A pesar de la sangre que procura
cubrir de noche oscura
la luz de esta memoria.*

LOPE

ARTE DEL POEMA

No nazca sangre viva de tu seno,
sí un aire bueno que entre los amigos
lava castigos y desciende pleno
por vados de mentira y desabrigos.

DISCURSO DEL AMOR O LA CONTEMPLACION

Si quiero preguntar por mi casa y mi amada
una rama madura se dobla y roza el agua leve del alma,
un bello rastro deja sobre ella de vidrios y melenas,
de llaves y papeles que caen en un abismo
de azul tiniebla o negra nieve, desdichado.

Hay un rasgo de luz que le abre y le descubre
pedrería de lumbres vivas y abandonadas:
hay un arma delgada, un leve corte en sus entrañas
que precipita al mar, agua enlutada,
su dulce carga antigua de manos y criadas.

¡Qué sabe el cisne o la vulpeja, el dios,
de este prodigio del amor hecho temprana maravilla,
o qué piensa con su cabeza gris y pura
el padre muerto y bienaventurado entre los míos,
de la escondida faz que está en el beso!

Cuando los niños van al prado entre mentiras
con sus juegos perennes por las calles,
no advierten la presencia angélica, la hermosa prenda,

el porvenir humano tras el cirro convertido
en mejilla del cielo, en pequeño testuz del año nuevo.

Amor o cárcel con orillas deslumbrantes
donde medita el hombre su tortura o su abandono
y oye pasar entre tañidos y rumores
las alas del tiempo, los aretes eternos de la noche,
la gaita aquella iluminada sobre el pecho.

ELEGIA PARA LOS MUROS

Esos que sentís no son los viejos muros de la tarde
ni el bronce natural de las bandejas,
son simplemente seres vivos, puras lámparas vivas,
gruesos martillos tristes que os abren las espaldas
y os pesan como grandes flores desencajadas.

Son peñas, ficus caídos, cuerpos como los vuestros,
vecino aliento que os recorre,
alisio que os cruza y huye y vuelve luego
con un bostezo agrio como una campanada.

Muros débiles, entended, muros rendidos de luna,
muros y hermanos, cosas que a diario veis,
cosas que marchan hacia los faros lejanos,
hacia la noche, el huso, hacia la herida nueva del yeso.

Por fin, aquello oscuro que rueda,
aquello bueno que tarda, aquello hermoso que ama.

LAS RELACIONES HUMANAS

Los hombres se ocultan tras las ruinas de los espejos
y con sus armas desoladas, se ocultan
los hombres en los hoyos y prefieren el humo
o el aire plomizo de sus catres.

Entre unos y otros nace un alto clavo, un plazo,
un silencio inútil y harto que esconde el lecho,
y la bebida vierte entre los cactus,
y esconde el lugar del año, los pasajes sombríos,
el abrigo lujoso de los días de culto,
todo aquello que más se tiene por aciago.

Bajad la vista, poned las manos
en el mar tumultuoso, en la espesura de los niños,
recoged el más cercano lampo de cariño
que anda de pie a lado de los autos y las tinas.

¡Oh la sangre, el rostro, el bigote en la tarde,
el pan caído en nuestro circo!

EL SEMBLANTE

Sus húmedas orejas aparecen con algunos otoños mojados
o en las paredes interiores, en los muebles vacíos,
en los sencillos mares de las almas.

Sus pies no tienen el grave golpe que la anuncia
y entona así al regresar un silbo alegre de mudanza
cuando quizá nos trae entre sus dedos otras plantas,
otros cartones, y hojas, otros leones tibios.

Sus orejas, sus pies, es decir, su semblante cotidiano
nos parecen de alguien con los carrillos llenos
de ramas verdes y floreros.

Mas su mirada ocre, espolvoreada, nos cubre todavía
con la pureza simple de los guijos,
con su maternidad sin pausas ni cadenas,
con la mentira mágica de un viaje viejo y despoblado.

ELOGIO DE LA PASION TEMPRANA

Cuando vienen las nubes o las nieblas enrarecidas
a sorprender el baño matinal de los ojos
nadie espera tu nombre, Amor, ni tu nostalgia
de seres vivos sobre los negros arenales.

Cuando por fin tus noches se alargan hasta el sueño
nadie aguarda que gimas, Amor, por nuestros hijos,
pero sí te anhelamos justo e interminable
como los buenos días libres entre las almas.

Cuando acaba el trabajo llegas a nuestros labios
en cuyas palideces brillan aguas perdidas,
y siento, Amor, tu nombre como una quemadura
o como una gavilla de llamas sobre el aire.

Cuando soplas, Amor, debajo de los libros
y más allá resuena tu más oculto quejido,
me hallas, cruel pasajero, como un frío,
como un terrón o un callado acanto, solitario.

AL SUEÑO

Porque un rostro amarillo brilla en la calma pura
y alguna melodía se difunde por los barrios lejanos,
cada uno toma su vestidura invernal
de setas y vidrios,
y embellece sus pasos en las piedras de los días
hasta hallar las puertas del espejo, del hollín sonoro,
con sus umbrales llenos de guirnaldas eléctricas.

Ahí se sabe perdonar la muerte del antiguo criado que nos vela
pues, en la risa transparente en que descansa,
su féretro se eleva por las calles,
por las sonoras calles, galerías y ríos,
por sus pechos calientes,
mientras se cubre todo entre tinieblas.

Por su cama de pulgas, un tránsito de enaguas desplegadas,
una molición eterna, sombra ajada que pasa ennegrecida.
Por su pavor, por su pavor de párpado y martillo
el sigiloso beso que lo siega.

LA DANZA

El oso blanco que se adentra en la sangre es ala
cuán libre de estar sobre los ángeles,
y una triste batuta en la luz de los candiles
cae arrullada en la soda que no es flor
sino cuello de cisne gota a gota.

La música recién nacida el cisma alcanza
en el tejado, en la hebra del clarín,
en el plato del día,
más allá, en cambio, de la rosa de la piel y la gasa.

El sosiego de pronto
es la armonía del beso que vuela lentamente por la boca
de alguna santarrosa moribunda
o de un negro panadero que reza
debajo de la ropa o el rostro del sonido.

(¡Oh verdad, los hombros y el silencio,
las madres buenas que no mienten,
el muslo, la bocina!)

Vuelve, vuelve al encino, al hacha,
tu embarazo equilibra en el cerco,

en tu serrallo, en la postal,
que nadie te conoce.

El remolino en el sismo del gorgojo y la semilla,
hunde su dedo en los lugares cinerarios del sueño
y con las plumas de los indios se estremece de risa
el cinema en que un niño se estremece de risa.

Caen lentamente el charol y la guitarra
en el pasmo del círculo absoluto
y luego un trote tonto sobre los caramelos
o en la carne del lirio que yace ahora deshojado.

¡Oh verdad, el largo instante tenso,
oh la hormiga que nos llena de pereza!

PAPELES DE LA AMADA Y EL AMIGO

Eterno amante soy de eterna amada.

QUEVEDO

SONETOS ENTRE EL ESPINO Y LA DOLORA

1

Anduve entre el espino y la dolora
donde se dora un sueño sin locura,
no tenía premura en ser ahora
lo que perenne soy con tu ternura.

Lo que quería amar me lo procura
tu ventura que me habla y me mejora,
lo que tuve de odiar, me lo enamora,
y tu espora de amor lo transfigura.

¿Qué gozo llega presto que me anuda
cuando a tu lado el mal se desmorona
y abona con su resto árbol de duda;

qué remanso tan dulce se apersona
y halla y corona a mi pasión desnuda
si en tu cielo reposa y se abandona?

2

En esta cárcel donde el mal se ahuma
sin encontrar la hendidja de una espuerta,
no se conoce paz que nos advierta
del amar y el morir la antigua suma.

Porque no hay llama que en su flor consuma
al hijuelo remiso de la incierta
maternidad que en su virtud despierta
y en zumo deshumano se despluma.

Pues nacer entre barras y cadenas
y hierros padecer mientras hay vida
es haber fuego mientras haya penas,
que nadie condición de opreso olvida
cuando de sueño desusado llenas
se hallan las venas donde fue la herida.

3

Si tu temor mi flama interna hostiga
como menuda espada de un amado
no seré, amiga, más enamorado
aunque el estado de acabar consiga.

A tu memoria crecerá la espiga
de dulce fruto y goce serenado,
y la espiga será el desesperado
dolor en que me acaba y me desliga.

Porque a tu sombra de hembra ensimismado
mi celo y su cuidado, la amargura,
donde perduras por amor primera,

florece la pasión, y entre la hartura
va la segura y dulce y verdadera
corriente donde el alma se hace altura.

EPIGRAMA O BALADILLA DEL MENUDO AMOR

Albricias por estar contigo atado
y en tí tener seguro regocijo,
por tí callar y en tí cavar callado
oscuro manantial donde anda el hijo.

En tí caer clavado y desclavado,
siendo encendido estar porque me enciendan,
y estando muy menor, aminorado
parecer de tu amor sin que me entiendan.

NUEVA ODA AL VIEJO MODO DE LUIS DE LEON

Ahí donde las manos
alcanzan los temores y las flamas,
admiro los tempranos
rumores en que clamas
como una flauta oculta entre las ramas.

Ahí donde las llamas
del sueño se difunden y me entrañan,
me doy entre las famas
lucientes que no engañan
y viven de dolor y no se empañan.

Ahí donde se amañan
los crueles apetitos y las brasas
parecen y no extrañan
el peso de las gasas
o alisio de los niños y las casas.

Ahí donde tu pasas
con música adormida y esperanza
los aires los abrazas
con no sabida usanza
y yerta queda el alma y sin pitanza.

¡Oh lares de templanza
que habitan las personas de mi duelo,
qué digo si descansa
así sobre otro suelo
su avena deleitosa y su consuelo,
y vase sin desvelo
donde se está con vida sosegada,
en brazos del encelo
con traza desusada,
a ser un ave más desconsolada!

NOCION DE LA COSA TRISTE

En soledad la muerte es mi vecina
y en la pura canción con que me abruma
la voz se me encebolla entre su espuma
y se ocupa de herir, primera espina.

Porque en su oculta llama se asesina
el bien de recordar, mellada duna,
y entre arbustos y llaves, labra bruna
su faz grande y viscosa, golosina.

MUERTO IRREPARABLE

(Homenaje a Miguel Hernández, asesinado)

1

Si tu esmeril de luz, la luz cavaba,
zagal de rama y zumo todavía,
la sombra de tu fuego le asombraba,
y sin embargo el coro que crecía
de tu palabra blanda enamorada
la flor amada no lo merecía.

2

En tí se dio mejor la ilimitada
oscura sangre que a cantar convida,
ahí en tu azul garganta deshojada,
y ella ha de estarse donde estés sin vida
gustando de la arena y el sonido,
abejorro en la muerte, sumergida.

3

Porque te escucho siempre conocido
bajo el agua, en pañuelos y cereales,
como un amigo cierto que he perdido,
porque marchoso y grave has reposado
entre lentiscos y ovas minerales,
te recuerdo postrero, y recordado
vuelve a posar, vecino, en tus cristales.

SOBRE LOS DIOSES

No crezca, dios, tu puño, tu corbata,
tu seno abrigador, leche y desgano,
sino tu pie sangrado y tu caballo,
alto espíritu malo en mi verano.

MASCARA DEL QUE DUERME

(1949)

*...entrarme en el secreto de mi pecho,
y platicar en él mi interior hombre,
do va, do está, si vive o qué se ha hecho...*

FRANCISCO DE ALDANA

I

O peco bajo el sol nunca lejano de los míos
y en los floridos pechos confinado,
o busco en la máscara del que duerme
lo que la muerte no contiene.

Como una araña el cuerpo hastiado escala
la gradiente del sueño y se despoja
de las flores y de los animales,
de la corona que en la luz lo justifica,
emanando de sí como de un bosque.

Acógese en la sima de esas sombras
la llama que lo abrasa y lo hermosea.

II

(*la piedra*)

Colma la ternura tu boca, ciñe al fin
tu presencia un dios quemado y sin imagen,
pero levántase ahí, en tu sangre, cierta mujer
extraña, algún sombrío pájaro,
una estatuilla leve cuyos ojos vacíos me conocen.

Es el barro, la materia mundana que retorna
a condenar su orgullo con la cruel vestidura.
Es la piedra, el duro polvo devuelto
a su perdida soledad ardiente.

III

(*el huído*)

Alas del preso que oscuramente ascienden hasta el sueño
como un papel de estaño cuyo volumen sostuviera
el aire sobre su propia fronda detenido.

Plumas libres que el cautivo lleva al dormir
a su lecho, con el vacío cuerpo humano
que vuela sometido entre la noche
y se difunde espléndido en sus muros.

Alas del huído que nace,
alas del huído que perece sobre la tierra encadenado.

IV

(*cuerpo despierto*)

En las tinieblas un fósforo rompía
los torsos que amor penetra con los dedos,
los semblantes que en el deseo se detienen.

Mas el velado animal que llevo
quedó atrapado, herido
por las armas que sin cesar bajaron
en el desgarró de los días condenados.

Entró el cristal tenaz de la mañana
y su zarza encendida
cuando vivir era escucharse atentamente.

V

(sobre agua)

Conocías el antiguo tañido vegetal
del agua que fluye bajo la palma de la mano
y sabías también del secreto habitante
vivo en la piel que apenas reflejaba.

Era una cuerda tensa, un disco
puro al que la sangre no acudía,
o simplemente algo que pasaba besado,
por un hombre amoroso o por sus alas.

Conocías sólo su premura,
agua en fin huyendo hacia otras aguas fatigadas.

VI

(*ausente total*)

Desde ese imperio de sal y de licores jubilosos
que de su firme tallo al peregrino alcanzan,
un crucifijo, quizá una lámpara,
rumores y cánticos de llaves,
llenar la carne que reposa entre mis manos.

Llenar la boca zumos
y el tacto presente aquel seguro casco
que en tierra favorable yace.

Entonces, la casa se puebla
con algunas materias del ausente.

VII

(en la noche)

Olvida sus ventanas,
sus falsos espejos, sus sillones,
el lujo que ha vertido.

Una cripta recoge al dócil enemigo,
lo toma y lava con la noche
o con sus líquidas bebidas.

Un poco de tierra se abre
a lo que expira o dentro vuela.

Dios, otro dios que nace,
sobre tu cuerpo se derriba.

VIII

(¿la luz?)

Darme ahora al trabajo solar
como la vieja salamandra que en el polvo
cual una piedra decantada no varía
o como un ser cuyo amor no pesa
en la tristeza de los suelos.

Cerca del sueño estar y detenerme
en su barranco, sorprendido.

IX

(*otro cuerpo*)

Del miedo se desprende tu máscara clara,
tu faz cortada encima por la lluvia,
la sombra que en tus ojos
fabrica el viento de aves remojadas.

Cae ahora el áspid que en invierno
veló la gracia de tu pelo,
rodeó el pecho con cadenas,
dejó en tu cuerpo amado sus objetos.

Debajo dura el pórtico elegido,
la rama verde que el amor cantara.

X

(*del amor*)

Heme tributo al río que concluye,
a la planta que de otras plantas se alimenta,
al amor que en las casas y entre los hombres
confunde ríos con ríos,
crea al hijo y esplende
en los lugares donde está conmigo.

(Carne sola, amor que soy,
mi mano torna cruel su firmamento.)

LOS OJOS DEL PRODIGO

(1951)

EL PRODIGO

*...Only this rose
My friend laid on my breast and these few lines
Written from home, are real.*

STEPHEN SPENDER

LOS OJOS DEL PRODIGO

En sus manos la carta
(trazos que ha movido la nostalgia
y seguramente el más sereno perdón),
parece henchida y palpitante, como algo real
repetiendo costumbres a la memoria,
rodeándola de íntimas imágenes
que el viaje devoró cuando imperó su servidumbre.

Y viene de ella una vasta inundación
de piezas habitadas y perennes
fragancias domésticas, días y noches
del pasado que colman un instante:
esos puertos que abandonó
porque vivir era sentirse extranjero.

En algún país ahora lee
esas líneas que no desafían ni suplican,
que son simplemente un gesto sangrante,
una inmóvil y silenciosa reunión de cosas perfectas.
Comulgan así con su soledad de pródigo,
combates, dinero, fiestas, nuevos amigos,
ojos en cuyo profundo pozo líquido
el leve fulgor del pasado es su conciencia.

BARRIO DEL ADOLESCENTE

Evocar algunas calles sucias, algunas plantas, algunos colores disimulados por la memoria, confundidos en un solo temor a la vida, es triste ciertamente.

Pero más triste es ver cómo aire, nube, piedra, tierra, gente fueron dioses del adolescente en aquel altar profundo y oscuro, impenetrable como el sombrío universo de un novio.

Es así. Veía aquel pequeño país de amigos, donde reinaba su dócil plenitud de demonio, como un infinito almacén que administrara insolente y hostil, pero perfecto en su alegría, perfecto en su aflicción. Se hacía hombre.

(La carpintería, por ejemplo, resina, alcohol, laca, malas palabras. El tambo, una soledad persistente en el laberinto de habitaciones de adobe).

Eran muchos los pobladores de aquel continente,
muchos los arrebatos, las sustancias y los seres,
y la fortuna era a veces sólo un puñado de habas
servidas en un papel de periódico,
en algo frágil y deshonroso.

Y ahora no hay altar, ni barrio, ni carpintería.
Apenas unos escombros distantes y el recuerdo
como un visitante inesperado.

AMERICA

Desde niño me dijeron: "Es tierna como un recién nacido,
colmada de alimentos y esperanzas", y quizá fuera cierto
aunque su rostro impenetrable
golpeará mis ojos como una ráfaga estéril
de riquezas y miserables ropajes populares.
Eran pampas, cordilleras, ciudades, aldeas
presas entre cataclismos, y un silencio total
ardía en mi boca de interrogantes
como una sed insaciable a la orilla de un río envenenado.
Me dijeron: "Se levanta y anda repartiendo sus bienes
a hijos y extranjeros", y sin embargo sus joyas
eran los restos de un banquete cubiertos por el polvo,
las osamentas reales pulidas por el orgullo,
la naturaleza sigilosa a la espera de un desconocido.
Pero en ella caí, en sus bailes desenfrenados
que la música mezcla de impudor y tabaco,
en su torbellino de áureos harapos y mujeres descalzas,
en su fiesta alumbrada por hachones, bajo una red de alcohol
que la muerte contiene como un cielo sus amenazas.

Ahora sé que no es fácil amar sus estrellas, sus campos, sus montañas,
sus urbes plagadas de fábricas y mendigos,
pues no es lo que me dijeron: “Pura, perfecta,
nuevo paraíso cuya gracia es la abundancia”.

Pero aquí vivo y amo, lejos, salido del océano inesperadamente,
y desde esta cumbre diviso la vasta habitación del hombre:

Mis abuelos abrieron surcos donde hoy
sólo queda el rastro de su fe destruída por el huracán
de años secos, guerras y presidios.

Aquí bloques de piedra, bloques de hierba
que testimonian que la vida todavía es posible
si es humilde como una brizna y acepta la sombra de un monumento.
Aquí minas y tumbas, aquí momias y frutas
ácidas o amargas, tremendas corrientes que arrastran
oro deshecho y recuerdos, tierra deshecha y recuerdos.

Desde niño me dijeron: “Es inocente como un recién nacido”,
y quizás fuera cierto, a pesar de los tiempos
cuyas áridas lágrimas tantos jardines arrasaron.

LOS DESPOJOS

Hay una hora en que reúno los despojos del día,
roto el feliz augurio que despierta
en la luz de una mañana cualquiera.
Al borde de este abismo junto
los restos de la aventura que trajo en sus ojos la aurora,
su alegre guirnalda tejida con sueños y promesas.

Ante ellos medito y comprendo que la juventud
es un opaco tiempo de libros y mujeres que sucumben
bajo una tormenta de deseos y penosas cadenas.
El hombre, después, desciende a ciertas profundidades,
a ciertas cavernas donde el miedo
lo envuelve con la palidez de una criatura borracha,
lo ata para siempre a unas cuantas palabras:
honor, costumbre, perfección, qué más da . . .

Esa lección y otras que callo azotan mi anochecer,
lo convierten en una paciente ceremonia
alrededor de la hoguera donde arde toda vanidad,
ese montón de hojas muertas
quemadas en un rincón inútil del día.

PASEO

Diariamente visito calles y cafés,
y es mi paso ansioso y fugaz el que descubre
un rostro de inesperada dicha, un oscuro ademán, una mirada
que misteriosamente completa el esplendor de un recuerdo.
Hombres y mujeres que me ofrecen su compañía
sin conocer mi voz ni haber pronunciado mi nombre,
sólo porque entre ellos soy uno que celebra
cómo la vida nos reúne en una misma estación.
Ningún temor, entonces, sofoca mi soledad,
pues el odio y el amor son cosas que compartimos
en un inmemorial convite amigos y desconocidos.
Visito calles y cafés, prosigo,
como un río impecable que surca la plenitud del mar.

OFICINISTAS

Sé que el tiempo surca estos corazones
como un río que fluye por áridas arenas
y en su caudal confunde los ocasos y las auroras.

La codicia nace allí, altiva o reverente,
predicando una secreta destrucción, un holocausto
que abraza la oficina en ira o piedad, da lo mismo.

Porque esto se mueve y avanza,
y ellos lo sienten en el pecho como un rayo
que horadara toda alegría, todo pequeño ocio,
todo instante en que el orden se abate ante la vida.

Pero consultan el reloj y escriben,
oyen el viento y quizá el mar que nunca vieron,
sueñan, viajan, se alejan
y tenuemente, como niños, se quedan pensativos.

Al torrente retornan, sin embargo,
cuando disipan esa victoria en el humo de un cigarrillo
que como al día su propia lumbre lo consume.

TODA MUCHACHA

Toda muchacha es el azar móvil
en que unos años crédulos se alimentan de orgullo y amor
golpeados amargamente por la incertidumbre.

Se la ve ir y venir de la oficina,
feliz, sí, feliz porque por cada lágrima que derrama
hay muchas otras detenidas en el umbral de su piedad
y a solas aplacadas tristemente.

No importa cómo, perdona y no es perdonada
si su cuerpo como una candorosa trampa
oculta inciertos pesares bajo el fulgor de la inocencia.

Toda muchacha pierde alguna vez las alas,
es un cristal que se despeña por una oscura pendiente.

NAVIDAD DEL AUSENTE

Yo sé que allá, a esta hora, alguien
habrá desempolvado el pino pascual de la infancia
y encenderá las falsas estrellas de su copa.
Y sé que alguien bebe y oscila
al mortecino compás de un vals peruano
agitando el orden familiar de diciembre.

Estará servida la mesa y en torno a ella
las cabezas no se volverán para ver cómo llego
hasta el convite y tomo mi puesto de hijo mayor,
y canto, y me embriago, y rompo el silencio
con algo más ardiente que una tarjeta postal.

Les diré: "Feliz Navidad", como si les dijera:
"Retorno siempre", porque amo esa paciente quietud
donde el tiempo sin prisa labra pausadamente
la dicha en el envés oculto de la penuria.

Yo sé que allá, a esta hora, alguien
como un ave a mi encuentro remonta las distancias
y me recibe alegre, alegre.

PADRE

Rodeado de sucesos apagados, vive aquí,
y ya no es un cadáver bajo una sábana blanca
que hizo la última reverencia
y abandonó vencido esta imponente morada.
Vive aquí y me ve como un creciente latido
de su lejano corazón, eco
que el tiempo hostil desgrana y alimenta.
Lo he traído a mi casa y le he dicho:
“Entra y disfruta de lo tuyo,
que soy la verde copa de tu tallo”,
y vive aquí, florece en este mundo
como otro rostro de la misma sangre.

PARA EL CAPITAN CARLOS BONDY

A Surya

Tu presencia, señor, en el óleo que miré desde niño
y que de mayor, hasta este instante, olvidé,
tiene una dulzura que no puedo precisar,
algo que domina todavía, desde el comando de tu fragata,
las olas pacíficas de la patria
donde tu vida daba muerte.

¿Muerte, Capitán? ¿Es cierto?

Un torpedo revestido de frutas —me dijeron—
se aventuró contigo en el juego con la gloria
cuyos pergaminos nadie retiene ya como trofeos de la casa.
Muerte, Capitán, muerte disfrazada de ofrenda
que sonriente llevaste hasta el tope de tu picardía
que algunos llamaron pomposamente heroísmo.

Tu presencia, señor, tu efigie marina,
que aguas y cielos americanos en su grandeza perpetuaron,
es ahora una viviente promesa,
el germen de esa luz
que el sol del crepúsculo guarda para el futuro amanecer.

RIO DE BUENOS AIRES

(Desde el Muelle de Olivos)

Había, ahora lo sé, un palpitante corazón terreno, el río
envuelto en velas grises llevadas al azar
por un camino infinito hasta su pérdida bajo el cielo.

O quizá, río al trasluz de los faroles, un canto rodado
como una medalla que seguía el curso insospechado
de los tesoros fluviales, de los estallidos de la ribera,
desde la cual miraba el poeta su propio fantasma de navegante.

Junto al agua crecía la duradera ciudad,
la crepuscular vivienda del desconocido espectador del río,
sobre el chorro de las aguas dando en la piedra
como una premiosa aldaba en la puerta de un desterrado.

Y en la arcilla mojada, el vaso de papel, el riel, los maderos roídos,
desperdicios de la fiesta familiar, se consumían en el viento
que pasaba entre los pinos, corría a prisa, azotaba el muelle
y seguía con tumbos y golpes hasta su estelar campamento.

Pero el río, el río de rumor remoto, su rueda no cesaba
de mover, sus fuegos fatuos, sus boyas danzantes,
sus nostálgicos pescadores de caña hurgando el lodo de la orilla,
todo su contenido cantaba, arrastraba, sostenía en sus olas
y devoraba el borde de la tierra con perezosa mordedura.

TRES CONFESIONES

1

Es grato oírse llamar por su nombre
y ser amigo de otros hombres y otras mujeres
cuando retornan a la ternura
desde las islas en donde fueron confinados,
cada uno con su pesar, cada uno con su dicha,
cada uno ocupado con su tempestad,
altivo cada uno y sin embargo ardiente.

Es grato, por ejemplo, escuchar esa voz o ésta
fluir sobre la mesa como un arroyo incesante
al pie de un vado donde la caravana se detiene.
Su caudal golpea nuestro pecho, resonante,
y lo colma de espumas, ondas y reflejos,
inmateriales dones de la vida que en secreto
alimenta su curso y se consume.

Devolver esa ofrenda, tender la mano o el corazón
—la íntima paloma que levanta el vuelo
sobre las moradas de los hombres—,
nos hace más dulces, nos invita
a llevar al amigo consigo y darlo siempre a los demás
en la menor palabra de esperanza o de perdón.
Esto es lo que celebro de la amistad,
lo que brilla en mi persona si alguien me llama por mi nombre.

Cuando pienso en Roma, en París, en cualquier ciudad de Europa
que alguien poseyó algún día y la describe,
hundo mi cuerpo en la infinita marea que la acompaña
y sigo en silencio los pasos del que me precedió.

Así vi tales cúpulas, tales paisajes, tales seres,
entregado a ese sueño ví
aquellas magníficas sombras de los imperios que declinaron
bajo el mismo sol que hoy dora el trigo e irrumpe en las vides.
Así, bajo el torrente del bienvenido, conocí
el cieno con que se hicieron los guerreros y su gloria,
y supe cómo unas piedras sobre las otras
son la obra indeleble de la sabiduría.

Cuando pienso en las baldosas que cubren aquel continente,
gastadas algunas, otras repuestas, todas sombrías y venerables,
cuando pienso en los que volverán a hollarlas
y en los que las habrán de pulir con su sangre o sus lágrimas,
cuando sé que no podré morir reclinado en ellas,
doblo la cabeza sobre América dura y hostil,
sobre su oro y sus cadáveres, y retorno
del viaje que hice, detenido, entre las brumas del relato.

No he de estar siempre entre papeles y humo,
cuentas y fotografías de poetas y aventureros,
ante una mesa de pino y bajo la lámpara que ilumina
este rincón que habito y lleno con mi calor de amante.
No he de escribir y borrar, meditar y hacer memoria,
deshacer entre mis dedos este terrón de la vida
que acabará por ser la más sencilla reliquia del pasado,
algo que fue sólo una imprecisa promesa.

También seré el azar que corre con apremio,
el cazador en cuyas armas se precipita la pasión,
el vagabundo o el indeseable
que surca el mar o la montaña perseguido por la maldición paterna
la cual desciende a su llanto cuando la sangre reposa.

Seré el religioso que recibe la impalpable visita
y torna su cuerpo morada, su boca puerta, sus ojos luz y confianza,
atado con el rayo divino o en las tinieblas del más perfecto amor.

Y seré el atleta que devora el viento tras una insignificancia,
arrebataando al aire una pelota de goma,
ciñéndose una corona entre el suspiro de la multitud
que es como un beso de mujer en la intimidad del lecho.

No he de estar siempre entre papeles y humo,
multiplicado he de ser la onda que en el estanque se reproduce
cuando alguien deja caer un guijarro sobre sus aguas inquietas.

RECUERDOS

PLAZA DE ARMAS

Plaza de armas, espacio
de mendicante luz y árboles dolientes
en torno de la fuente de grifos eróticos
que espuman el amor con una flauta entre los labios.

Escenario del candor de la ciudad,
de su pompa de harapos y volutas,
de sus paradas militares áureas y coloradas,
presidencial estrella de las calles.

Rostro del pueblo que calla y espera
bajo la sombra de la crujiente catedral
donde Pizarro puso su cadáver
como la ardiente piedra de la fundación.

Plaza de armas, niñez dorada y distante,
amor primero y últimas miradas a la dicha.

LOS PUENTES

Mi río es sencillo y sus puentes
unen las dos orillas familiares
con un salto frágil de tranvías
cuyas campanas graban el aire alegremente.

Puentes de ojo sutil, de mirada suave y generosa,
de pretilos calados por el viento
o por el brazo rendido del transeúnte
que mirara ayer y hoy las aguas pasajeras.

Y cada uno es una edad,
el tiempo que transcurre delgado y pertinaz
por los sucesos,
la historia edificando sus paternales monumentos.

Mi río es sencillo y sus puentes
lo adornan como a una muchacha los pañuelos.

DESDE UN BALCON

Tarde presagia el tiempo sus sorpresas.

No anuncia su rumor el arma blanca del invierno
que de pronto descende fatigado de oro viejo y agua
sobre los callejones del Chirimoyo
cuya miseria cede amargamente fermentada.

Tarde presagia su remolino en la boca de las arañas
y de las hogareñas cucarachas que lo escoltan.

No avisa el tiempo su arribo al sudario de esta fecha
que las macetas de geranios celebran en las hojas
lavadas y tensas, divisando ya el ocaso.

Tarde, tarde
el Jardín Botánico y la Morgue descubren
los dorados vestigios de este convite con la lluvia.

MUJER Y PERROS

A Augusto, que la conoció.

Recuerdo en Lima una mujer, una cansada
sombra de pordiosera que juntaba
perro a perro como los frutos de su vientre.

Eran canes de paso, animales
manchados, negros, hoscos, melancólicos hijos
que la escuchaban en el suelo y lamían su mano
agradecidos de una llaga,
un harapo mejor, un simple hueso.

Una mujer que se sentaba en una plaza
y cosía el alba y el ocaso al calor
húmedo y triste de sus perros.

MISA DE NUEVE

Con mi madre iba a misa.

La celebraba un fraile joven con aire celestial,
tendero a la puerta de su tienda de santos
de yeso, oro y encajes desenterrados.

El domingo ceñía el corazón de las vecinas,
apretado nudo de fuego, ardiente, ardiente.
Se oía el quejido de las monedas de cobre, la campanilla
como el halo encantado del acólito, el órgano
y las voces raídas de las presas de Santo Tomás.

Un resplandor solar bajaba por la claraboya,
y el olor del cielo.

También su mano blanca
hecha lumbre brillaba sobre la yesca de un rosario.

LOS OFICIOS

DEL MAR OCEANO

(*El pescador*)

En qué remota red, en qué nocturna oquedad
los sigilosos habitantes de las aguas
advierten tu paciencia, pescador,
hombre que levantas el alba desde el cielo,
retienes el sol en el velamen,
llevas la palma de los aires sobre el pecho,
y profundamente, en la gema del mar,
abandonas tu extraño corazón
como una de esas flores de eléctrica zarza
que sin rumor sucumben a tu paso.

(*El marinero*)

¡Oh joven marinero, si ahora vieras
cómo la muerte te consuela
aquí en el mar!

Lejos del puerto
un sol oscuro, espolvoreado levemente,
cubre tu oscura cabellera que se irisa
como un vellón liviano
donde algún pez hace sus hijos.

Tristes las aguas te desvisten,
quítante el paño que los vientos, marinero,
batían hasta ayer sobre los puentes,
y, claro nauta, con el paso tardo,
la cripta más oculta,
la caverna de roca incandescente
pueblas con tu alegrísimo cadáver.

(Una muchacha enamorada
recoge con los dedos las burbujas).

Blanca de polvo cenital, tu mano
abre un haz luminoso entre la sangre
que inocente y sencilla se deshoja.

DIALOGO DE PASTOR Y LABRADOR

—De estos sencillos animales,
bajo estos cielos admirables reunidos,
aprendí a ser humano que trasciende,
contemplador de lo que organizado
es máquina de Dios,
su alegre carro.

—Labrando el vario campo, la simiente
dando a la tierra entretenido,
he visto cómo el vegetal no yerra,
vuelve de sí a la fábrica del orbe.
¡Como su vida vive el árbol claro,
así, a la luz, dirijo mi cuidado!

—Sólo deseo el cálido remanso
donde la sed se apura totalmente,
el pan callado, el fuego de la casa
y una canción de amor para la muerte.
Nada que críe envidia
ni que odios alimente.

—Yo el sol, su buena víspera de frutos,
la lluvia poderosa si los baña,
el tiempo cuando dora
con su ojo atento aquello que lo roza,
la poma en tanto adentro el néctar obra.
Nada, si no es lo mío,
mi corazón jamás lleva consigo.

CIELO TEXTIL DE PARACAS

A Toño Salazar

En el telar, el cálido paracas del desierto
borda su firmamente de felinos
y pone entre las garras la centella
real con la sierpe oscura de las matas.

Teje al señor de la familia,
al militar danzante, enmascarado,
ciñendo su cabeza de ofendido
con tinta vegetal que en las arenas
funda el candente espectro del estío.

Nace ese dios ardido de colores
en el ala solar de los tejidos.

OBRA DE JOYERIA

Un alfiler de corbata, algo que no pesa
más que una hoja en el otoño,
ligeras barbas de oro en un mordaz sulfuro,
láminas, filamentos, piedras
rodean al joyero.

Con poder minucioso
da perfecta cuenta de los brillos,
alcanza a la materia en su destello,
en esa lumbre indescriptible
que un fósforo remeda, ay, débilmente
fugando en las tinieblas.

Escapa a sus esfuerzos retenerla
y él puede, sin embargo, hacerla suya,
apagarla también
ponerla entre otras luces enemigas.

¿Dónde otro dios, decidme,
trabaja desposando tales cosas?

EL MENDIGO

Salve tu piojo, padre, salve
en la basura el destello de tu barba
salpicada de sobras,
donde el invierno
se ha tendido como un perro polar.

Salve el calor del leño
en cuya bocanada de amor
tu mano mendicante recoge austeramente
del matorral materno
aquel adiós perdido en los caminos.

Salve el puente que habita
tu soledad, bajo el cual
tu cuerpo de señor encanecido
sueña parques umbríos
bajo los lampos ferroviarios.

Salve, padre, tu vida
si en el hoyo final arde en silencio.

LLAMAS DE LA PINTURA

La mano es sólo el cauce,
el conducto secreto, la estela del amor
en cuyo tenue movimiento fluyen
estas hermosas llamas desprendidas
del corazón humano,
salidas de él como de un largo encierro con sus formas.

Y el color, la luz mentida o verdadera,
el fondo de cristal que le adivino,
un lento proyectil que de la sangre
tiende el arco terrible,
la flecha antigua, grave,
que ha de trizar el blanco de otra vida.

Otra vida, la de este espejo que confunde
el objeto y sus lágrimas,
el don altivo de los seres y sus sombras,
y en cada imagen que retrata
pone un eco estelar
que es un confín de fuego en cada cosa.

La mano es sólo el cauce
por donde ardiendo viene la pintura.

LOS LADRONES

La noche rodea con su fragante pollera
los muros floridos de las casas
y cubre a los dormidos habitantes
con un alud de máscaras y estrellas.

Pero también bajo su astral tulipa
algunos buzos de escoplo y sutil taladro
rasgan las ramas de la sombra, pulen
las barras del sueño con una pluma victoriosa,
colman sus sacos de candelabros, de tinieblas.

Hijos de la tristeza, oh ladrones,
apenas un rayo fugaz en el relieve del asalto.

CONFIDENCIA EN ALTA VOZ

(1960)

CONFIDENCIA EN ALTA VOZ

Pertenezco a una raza sentimental,
a una patria fatigada por sus penas,
a una tierra cuyas flores culminan al anochecer,
pero amo mis desventuras,
tengo mi orgullo, doy vivas a la vida bajo este cielo mortal
y soy como una nave que avanza hacia una isla de fuego.

Pertenezco a muchas gentes y soy libre,
me levanto como el alba desde las últimas tinieblas,
doy luz a un vasto campo de silencio y oros,
sol nuevo, nueva dicha, aparición imperiosa
que cae horas después en un lecho de pesadillas.

Escribo, como ven, y corro por las calles,
protesto y arrastro los grillos del descontento
que a veces son alas en los pies,
plumas al viento que surcan un azul oscuro,
pero puedo quedarme quieto, puedo renunciar,
puedo tener como cualquiera un miedo terrible,
porque cometo errores y el aire me falta
como me faltan el pecado, el pan, la risa, tantas cosas.

El tiempo es implacable como un número creciente
y comprendo que se suma en mi frente, en mis manos,
en mis hombros, como un fardo,
o ante mis ojos como una película cada vez más triste,
y pertenezco al tiempo, a los documentos, a mi raza y mi país,
y cuando lo digo en el papel, cuando lo confieso,
tengo ganas de que todos lo sepan y lloren conmigo.

OTRO REINO

A espaldas de Darío rasgo la página y digo:

“Amo esta cárcel en cuyo fondo palpitan
esos oscuros héroes que pintan sus leves casas
con el color del río o el océano,
en el cerro de San Cosme o en las dichosas playas de Acapulco,
mientras ponen banderas, leves macetas, peluquerías para caballeros”.

Digo que amo un poco la suciedad de esas paredes
que las postales no nombran y que amo también
sus tristes grupos humanos que saben dar los buenos días
al temblor de tierra, al aluvión, a la muerte,
con el mismo humor con que consumen
el plato de comida que crece en las manos de las doncellas.

Es como si alguien martillara de pronto mi rincón
y repitiera en mi oído un credo de maldicientes,
a media voz y sobre el filo del asombro,
mientras Darío, entre cisnes, cierra los ojos y exclama:
“Mi reino, ay, ya no es de este mundo”.

CITA EN EL BULLICIO

Acabo de contar que te conozco,
que te he visto y he hablado contigo
entre el humo de un salón colmado de reverencias,
y que eras ahí un delicado recipiente de ternura
a la espera de tanto amor como yo traía conmigo.

He contado, además, que me acerqué como quien se aproxima
a un sensible estanque, temiendo romper la quietud del agua,
temiendo confundir con mi imagen el semblante del cielo,
temiendo empañar la tersura transparente de tus ojos
con el aire de mi cuerpo torpe y vehemente,
pero que en ti se dio lo mejor de este reflejo repentino,
la bienvenida suavemente confiada
de quien hace tiempo espera lo que le está destinado.

COSTA Y MUJER

A Irma

Diré que de los mares del Sur
salió como un animal altivo y estruendoso
esta imperfecta costa,
este dios de arenales y piedras,
en cuyo seno conozco ahora el amor de una mujer
bajo las crepusculares banderas del horizonte oceánico.

Diré también que en esta orilla impasible
que el ventarrón solícito viste de tules vertiginosos,
de ropas ligeras que ondean en el atardecer,
mi mujer y el melancólico paisaje,
mi mujer y el sol de oro pulido y terso,
mi mujer y el aroma de los peces recién sacados del agua,
son semejantes porque están colmados de mundo,
son un estallido lento de ternura y fiebre
que invade cosas, platos, sombras, cada noche.

En la mañana aspiro su cabellera negra,
pongo mi boca en su piel bruñida por olas y aires,
y conquisto el universo de las gaviotas :

pájaros de caricia, aves de amor, volátiles suavidades de sexo y tierra
irrumper en mi cielo y lo embellecen.

Entonces es como si fuera el fundador de estos parajes
y las llameantes cumbres de los médanos,
cuyos senos, cuyos muslos, cuyo vientre,
pertenecen a la vida como el sueño a la locura.

Creador del litoral soy,
desciendo y toco las playas del Perú,
y toco también la carne de mi mujer
donde se ha encendido el fuego lustral del paraíso.

Costa, mujer, todo es lo mismo en mí,
todo es el sumo hervor de la sustancia humana,
todo es el trémulo trono del deseo
que reina y no se oculta ni cede en su sed de eternidad.

Costa salida de las simas marinas
como un gran animal que despertó al fin de su pereza
y quedóse quieto, a la espera
del amante que tiende su cuerpo en las arenas,
que pisa las rocas con una amorosa gana de habitarlas,
que rodea a la mujer con sus brazos, sus piernas, sus dulzuras,
bajo las sábanas impecables del verano,
socavando a la tierra, a la sangre, al alma,
en un inmenso y poderoso acto de conocimiento y exaltación.

Ah, costa femenina, mujer terrestre,
amarte ha sido escribir tu nombre en las arcillas de la patria.

LA CASA

A Luis Navarro Vidal

Quisiera decir: *Home is where one starts from*,
y añadir en cualquier otra lengua carcomida por sus pecados
que todos mis caminos concluyen
en derredor de algunos rostros resplandecientes,
un río inútil y una plaza donde reposa la neblina,
confusa fotografía azotada por los recuerdos
o simplemente por algo que transcurre y me transforma.

Las palabras son, al fin, trozos dispersos de esas imágenes
que día a día redimo, y yo sólo un instante de la especie,
una huella de hombre que no se conforma con desaparecer
("Murió —dirán— y su vida no fue un buen ejemplo...")
como la última pieza ganada en una efímera partida.

Sí, escribir pues se es valiente, pero también merecer, os lo ruego,
el lugar de las raíces que desde el fondo de la tierra
ascienden y se hermocean con su glorioso imperio :
la flor primero, luego el fruto, más tarde la simiente
colmada de vida, de temor o de sueño,
porque allí donde uno empieza está la verdad
como en la nebulosa inicial la estrella perdurable,

como en las tinieblas movedizas del principio
toda esta claridad : *Home is where one starts from.*

El lugar donde uno concluye es la casa,
su fuego cálido y levemente sonoro en cuyas llamas
la poesía se serena y anuncia
el solitario goce de sí mismo.

CAFE A MEDIANOCHE

Han apagado en una taza de café el último deseo,
y en silencio despiden al día
asombrados de que el bullicio haya sido sólo una mancha
sobre la grave superficie de las horas.

Hay quienes son esperados
en una habitación donde el amor a veces olvida
las promesas no cumplidas y pone
su fugitivo claror entre las sombras de dos cuerpos,
y también quienes aguardan una llamada,
algo así como unos ojos entrevistos en la niebla
y ansiosos de otros ojos, otra boca, otro sueño.

Hay quienes están solos, y vacíos
aspiran a la vida que ciertos libros proclaman,
aunque saben cuán distintas son las fábulas
de los sucesos que el tiempo pausadamente suma.

Están los que recuerdan su juventud como los ciegos
el color de las cosas que amaron :
un lujo insólito, una embriaguez de luces que se rechazan,
y también los que contemplan el abismo

abierto a sus pies, listos para caer en la última negación
sin arrepentimientos ni alegrías.

Han apagado el deseo, ya lo dije, rodeados de un aire irreal,
a pesar de que aguardan cualquier manera humana
de comprender, cualquier gesto de amistad,
mientras consumen una taza de café
cuyo sabor es el remordimiento.

LOS AMIGOS

Amigos. Nadie más. El resto es selva.

JORGE GUILLÉN

En torno de algunos cigarrillos consumidos
> de un momentáneo café
mos cuantos se escuchan, se miran, se conocen,
olitarias almas de pronto reunidas
cuyas palabras no se pierden en el aire que borra los días.

Pasa de uno a otro el sorpresivo ademán,
la mano tendida y abierta para dar y recibir
algo maduro que se ha hecho recíproco
como el diario pan en la mesa de una apacible familia.
La discordia es ahí otro alimento,
una leve agitación en las aguas de esta cita,
y luego la calma, el esperado perdón,
desciende de lo alto como un don que nadie rechaza.

El tiempo va rodeando la amistad con sucesos
que nadie olvidará,
porque el olvido es la destrucción de la vida, el olvido
es la muerte ciñendo su oscuro lazo alrededor del amor.

TRES VALSES CRIOLLOS

1

El corazón puesto a prueba

Sólo quiero decir
que a veces el hombre confía demasiado
en el silencio, en esa oscura cueva de lobos,
y entra mortalmente en sus culpas,
las toca suave, con algo de rubor,
pero paciente, pulcro, sin temores.

Es cuando los cimientos crujen,
todo aquel edificio de memoria padece y se sacude,
y no hay en él nada que permanezca
ajeno al estremecimiento de la muerte.

¿A qué quedarse así —pregúntase—, a qué
llamarse a sí mismo hombre, es decir, razón,
llamarse a sí mismo naturaleza,
llamarse a sí mismo, como un apodo ilustre,
rey, doctor, clérigo, soldado,
o, simplemente, señor de sus locuras?

Es verdad, el corazón resiste poco,
es viejo, triste, y anduvo entre recuerdos
como un pastor entre animales salvajes,
entre lluvias y vientos,
débil voz en el estruendo de los días.

Sólo quiero decir
que a veces el corazón está terriblemente solo.

Boite y melancolía

He resuelto disponer de esta media luz, de esta bruma
para poner en orden la majestad de mis horas
agrupadas en el nubarrón lento y sofocante de la copa
en cuyo fondo he de buscar la voluntad,
tal como en el confín del invierno el sol reinante todavía.

Hay música y baile, palabras tejidas con cinismo y gritos de mujer,
todo como el fragor de un bosque en llamas,
pero sobre mí cae una gota pertinaz
que desmorona mi pecho, el país que en mi pecho yace,
las miradas que en mi pecho se conservan intactas.

El agua que horada estos muros es la melancolía,
el musgo vulgar e impávido que desde ella crece empapado,
el horror de quedar preso entre las rejas de esta celda,
una mezcla —puedo decirlo— de pudor y deseo
pugnando por entregarme al desenfreno,
bah, a la triste victoria de ser un traidor entre los míos.

Disco en la tristeza

En el tranvía, de improviso, me digo que estoy triste
y no sé realmente dónde poner los ojos, ya caídos
en un hueco infinito, en una pregunta infinita,
en una impetuosa necesidad de saber por qué sigo entre ustedes.

He prometido demasiado, es cierto,
a mi mujer le he dicho que ahora me ahogan,
y ella o mi madre o ustedes que oyen mi disco
podrían hacer del desprecio el siniestro beso que me borrara.

Interrogo, a la luz de la gente,
a la luz del periódico que anuncia los desastres,
¿he de seguir quemando tantas hojas de papel
hoy y mañana también sobre los escombros de mi pasado?

Me digo que estoy triste y que la ciudad me conoce
en este breve viaje, mirándome y mirándola,
juntos ustedes y yo, mientras repito estas palabras :
“Desciendo aquí, señores. Todavía hay esperanza”.

DOS POLKAS LIMEÑAS

1

Estar contigo

Estar contigo
es tener fiebre,
es tener miedo, alas, sombras,
ocultarse en la luz,
gritar que amo y que todos
lo sepan y lo sepan,
tengan fiebre o miedo,
tengan alas o sombras,
griten que aman y aman.

Estar contigo
es tener cosas,
y son cosas,
las que uno pide a Dios
cuando él existe.

Te besaré

Alrededor de nosotros
hay un jardín,
o sea, flores y transeúntes,
y el sol como un gigante
mata al invierno, mata.

Un jardín pintado
por la mano luminosa
de un adolescente
y borrado a mediodía
por una muchacha enamorada.

Vamos allá, al jardín,
te besaré y así
aquel jardín, jardín
será de veras, vamos.

RELOJ IMPLACABLE

Qué nos separa si ambos obedecemos a una antigua orden,
a una voz que nos reúne todos los días,
y no es un juego fácil sino una ansiedad,
un deseo de vivir y prometernos aún la muerte.

Qué nos separa a ti y a mí,
un poeta y una muchacha de ojos alegres
que una vez se encontraron en un lugar bullicioso,
que se reconocieron como después de una catástrofe,
que se amaron mientras reían y hablaban del destino,
mientras se preguntaban con estupor por qué,
por qué no podían echarse uno en brazos del otro,
confundidos como las aguas que bajan por una misma pendiente.

Qués nos separa si nos unen
mi pasado de piedra nocturna lanzada contra los cielos,
mis años de embustero e inocente,
mis incrédulos libros como una hoguera de fantasmas,
mi ternura como una cólera que hace llorar,

y lo que tú eres bajo el sol,
música, verdad, impaciencia, vida,
una imagen sencilla de la naturaleza,
un viento fresco sobre una ardiente frente,
una ola de mujer que se encrespa contra mis rocas.

Qué nos separa, pregunto apremiante,
pero el reloj sólo de las horas, como un hipócrita que pasa.

PROYECTO DEL PASADO

Tendremos una casa en la ciudad,
y un portentoso aire de pan, niños y cosas útiles
como un aliento feliz precederá cada jornada,
porque, ¿qué somos tú y yo sino dos que se han reunido
para poner un techó sobre su sueño,
para levantar un muro contra la tempestad,
para detener el golpe incesante de los agravios?

Habrá un secreto entre cuatro paredes
que nadie con sus manos hastiadas podrá tocar.

EL TRIUNFO

A Juan Mejía Baca

Es cierto que he venido de algún sitio
en cuyas piedras hay grabados signos del desastre,
y es cierto que al arribar
un golpe de amargura me trajo algunas nostalgias,
algunas candorosas vengüenzas.

Es cierto que soy débil como tantos,
pero que me defiendo de mis antepasados,
de sus armas hoscas y pesadas
puestas en tierra con un ademán de derrota.

Es cierto todo esto. Dejo para probarlo
estas líneas, una noche cualquiera en que espero
ser el brote triunfante de otra vida.

CARTA A NARCISO, DESDE AMERICA

Gris, no radiante, se desliza nuestra vida :
a veces hago una pausa,
miro al cielo, palpo mi cuerpo y grito que estoy vivo,
y sé que está vivo el impreciso hermano que me escucha,
y también el que lejos no me escucha, pero grita,
no me ve, pero mira el cielo,
el horizonte que todas las mañanas se descorre para todos.
Y se me ocurre en ese instante pensar en los que no están,
en ti, por ejemplo, que te miras en las aguas,
y me digo que nadie elige la muerte
y vive así, lentamente, con una carta de perdón en la mano,
mientras hace una pira salvaje con su sangre y su poesía.

Gris, no radiante, es esta violenta morada
que el polvo no ha de cubrir jamás
porque todos los días removemos sus viejas piedras,
y sembramos un árbol entre los secos surcos del campo,
y abrimos un pozo en la inmensidad del desierto,
y levantamos una pared con barro y leños gloriosos,
y escribimos la página que alguien en silencio nos dicta.

Yo sé que te miras en una ola luminosa
y que ella te cubre de estrellas, o joyas, o cristales,
pero sé que eso es fugaz y no te pertenece,
porque ya no eres el elegido y sirves a un amor imposible,
y sé que te quemas al sol y bebes el tiempo
como un licor adormecedor de cuyo sueño es difícil volver,
y sé que te sumerges todos los días en las cosas consumadas,
y que conforme te apartas del presente
eres más extranjero que antes,
pues nadie ignora que arribaste a esa cima como un fugitivo de ti
y que en tu frente llevas el signo de tu origen.

Gris, no radiante, terrible, y terrible
porque no nos permite ni siquiera desear el infortunio,
sigue entre nosotros la vida,
y mientras tú aspiras el perfume de una geométrica flor,
al borde del río, ansioso de morir bajo sus armoniosos golpes,
nosotros caemos y nos incorporamos,
heridos e iracundos, y vemos
cómo las tinieblas se ordenan a nuestra voz, y nos preceden.

VIAJE HACIA MI

Desde el fondo de una garúa remota,
desde un confín borroso cuyo sabor adivino inútilmente,
vengo hacia mí, me parto en dos
como un ser de cristal y sueño.

He olvidado ahora si miraba alguna flor sin lujo,
alguna estrella familiar,
el rayo que caía en la ventana,
las cosas que ahora me gustan y son mías.

Era simplemente un niño en un inmenso salón
(no era tanto, lo sé,
pero el mundo ha cambiado mucho y todo hoy es distinto),
un niño entre personas poderosas y dulces
que le hablaban risueñamente
porque no era tímido, ni terrible, ni pensativo.

Veía un árbol, una avenida, un raudo automóvil,
como rostros de la naturaleza que fabrica reinos lejanos,
como cifra total de cierto prodigio
invariable bajo la luz que descorría pausadamente el crepúsculo.

Ahí está aún todo eso: cierro los ojos,
descubro aquella tierra fantástica,
cubro mi inquietud con el polvo infinito de la memoria
y pienso que la infancia está intacta e inmóvil
como los preciosos objetos de un imposible museo.

Luego, la tarde, una canción, el mar entre las peñas,
el día y la noche de antaño, opuestos y constantes,
crecen, se esponjan, son un relámpago lentísimo
que ilumina este escenario donde soy como un rey
que recobra la vida mas no ha vivido todavía.

TONADA DEL ADOLESCENTE

Crecimos mucho desde entonces,
pero evoco el grabado de Napoleón partiendo
como un ave pensativa hacia el destierro,
el aroma del desayuno, una pelota de jebe
y esos cuadernos donde habíamos dibujado las especies invertebradas.

Vivir es colocarse este gran peso en los ojos
y caminar ansiosamente en una calle,
y retornar por ella, y no olvidarla jamás,
y crecer con la mano sobre el corazón,
jugar un poco, saludar un poco y decir un poco:
“no son estos tiempos aquellos en que por un sol...”,
mientras se bebe un cóctel en homenaje a un doctor.

Crecimos mucho desde entonces y nos pasaron algunas cosas
dignas de ser celebradas como una humorada,
pero ya sé que Napoleón no merecía nuestra ternura,
que la pelota desapareció entre los documentos de identidad,
y que aquellos cuadernos con aquellos invertebrados
no cuentan para nada si hay que ir de compras.

Menos mal que todo puede ser recordado
y que por eso somos parte de alguna eternidad.

EL DOMINGO

Te fatiga el domingo, te fatiga
la vida que no participa de la vida
sino que rumorea en las camisas recién planchadas,
en el aire acongojado del cerro vecino,
en el diario caído en un rincón de la sala.
Sí, no es pequeña tu casa,
no es pequeño el pequeño comedor donde se habla
de ciertas cosas que te incumben:
un libro, la carne, aquel primo que era algo estúpido.
Pero te fatiga hasta el amor
y eso no entra en la cuenta,
no suma dicha sino miedo,
una oscura duda sobre ti y sobre lo que haces.
No obstante, quieres estar aquí,
pasar tu día de descanso con esos ángeles y esos demonios
que rodean tu silencio con otro más puro silencio.
Quieres estar aquí y cantas
cuando ya no hay domingo sino relojes que se devoran.

ELOGIO DE LA CARNE

Hay muchas patrañas, pero ninguna como la del pecado,
ninguna como la de que si toco a esa muchacha
ensucio a la especie, sangra Dios, se revela la espuma satánica,
porque yo sé qué santidad, qué hermosa prenda me llevo,
y sé también que hay gentes horribles,
monstruos vestidos con tinieblas pesadas y eternas,
que miran una rosa y maldicen,
que toman una azucena y la condenan a muerte,
que compran un pliego de papel y en él se hace la noche.
No creo en la maldad, no creo
en las cadenas que hace tiempo me pusieron en la carne,
porque cuando me acerco a la luz corporal,
cuando en el pecho me estalla esta estrella apasionada,
todo peso desaparece y marchó por el aire
como esas flores insignificantes hechas de filamentos
que se elevan del suelo y ascienden
al modo de una lluvia terrena que llena el arca del cielo.
Ahora bien, comprendo que haya
quienes se defienden del amor,
porque el amor anuncia que somos naturaleza.

REMORDIMIENTO EN ALGUNA CALLE

Es preciso que combata ahora contra ti,
que huya o me defienda pero que no caiga
atravesado por los rayos, remordimiento,
de que están hechos tus golpes de pluma.

Estoy en alguna calle de Lima y huele,
huele a frito pobre, a lámpara de aceite,
y puede tomarme por sorpresa, mientras silbo,
una melodía distante, un tango quizá,
la violenta caricia que impide florecer
joven, que impide amor y libertad
con su pesada espuma de recuerdos.

Bien, estoy dispuesto a combatir contigo.
Sé que estarás armado con mis debilidades,
mi caminar de noche, mis vasos de vino,
la mujer que tiernamente me dijo: "Querido...",
y el derroche de este o aquel dinero que no era mío.

Canta en mí, soberbio, hunde
por fin tus garras en mi vergüenza,
pues estoy en una calle cualquiera y me siento
indiferente como los reyes destronados,
como los viejos que se han prolongado demasiado,
como no sé qué cosa antiquísima.

¿Pero quién está libre del remordimiento?

LOS AMIGOS DEL SUICIDA

Entre ellos está aún la imagen
de aquel sencillo rebelde que recorrió la sombra temida
porque estaba colmado de corazón
y sabía que el hombre es una infinita respuesta.

La muerte puede ser también
la forma de algo que no ha querido florecer
porque está oculto y nos avergüenza
como el cuerpo expuesto a las miradas del deseo.

Me hablaron de él, de sus últimas palabras
escritas en una carta cuyo mensaje no era un adiós,
sino un saludo valiente,
una voluntaria renuncia al miedo que diariamente tallara.

De él queda una fotografía donde sonrío,
pues es necesario aparecer feliz en ese extraño instante
en que alguien nos mira como desde el futuro,
es decir, inmóvil entre cosas que nos han de sobrevivir.
Y sólo el recuerdo está vivo: tristezas y alegrías juntas,
inseparables caras de una moneda
cuya efigie se borra lentamente mientras circula,
cuyo brillo el tiempo aparta con una temprana neblina,
cuyo fulgor se apaga como una hoguera abandonada.

GUITARRISTA

No siempre estoy como hoy, en verdad,
dispuesto a rendirme y besar por fin sin horror
la boca cenicienta de la muerte...

¡Pero qué importa este edificio de noche que se levanta en mí
si mañana otro día volverá a la tierra
y en él apenas cabrán las alas de mi corazón!

Si otra vez me encuentras como ahora
y cae este chorro de pena desde mi triste frente
recuerda que puedo volver a la fiesta,
mentir que soy feliz, bailar hecho un loco
y resplandecer como una lámpara humana que comunica su lumbre.

No siempre estoy como hoy que toco esta guitarra.

AMOR ENTRE SOMBRA

No tengo, después de todo, sino un amor,
un amor que consumo a sorbos como un café
y una sombra idéntica a mí bajo el sol,
bajo el sol tibio y distante de esta tarde,
y amor y sombra van juntos hasta donde puedo ir,
no muy lejos ni a prisa,
con el doliente modo de quien marcha hacia su sitio.
No tengo sino un amor y él pasa a través de mi sombra.

RECUERDO A CADA RATO

A Ernesto Sábato

He vuelto y por entre edificios y ruinas
mis ojos han devorado esta tristeza mural,
este llanto de los desterrados de la noche,
ángeles o puercos, tipos tenaces para vivir,
y aquí, con ellos, mi corazón ha escogido el sacrificio.

He sometido la memoria a la prueba
de que hable de mí en el lecho de la vergüenza o el placer,
y todo ha sido inútil porque soy
el mismo sueño en tanto despertar,
la misma tregua en tanta y tanta guerra,
el mismo personaje pálido bajo el peso de una salud mortal.

No ha sido, como creí al partir, una cita
con las cosas fieles que dejé,
manos abiertas, frentes puras, miradas rebosantes,
que mi nostalgia en su plumaje guardaba,
pues esto es como las postales o las cartas,
mentira, mueca, helado signo que se deslía y se pierde.

Pero continúa, será siempre
lo que arrojé en mi sangre con golpes rudos y dichosos,
lo que de realidad sin luz torné esplendor de medianoche,
lo que puse en mí como otro cuerpo en este cuerpo,
y no está, no tiene nombre ya,
y es imposible decir como digo ahora:
¿dónde está el tiempo, dónde
están los muchachos de entonces?

NO APAGUES LA LAMPARA

Hoy, mañana quizá, más tarde te diré
que estoy viejo y que es hora de apagar la lámpara
para quedar a oscuras y sin nombre.

Así, tú y tus ojos pulidos por la memoria,
o mis cartas guardadas como un fuego en el corazón,
o este poema con su guirnalda de tinieblas,
serán la última orilla que pise,
la última voz que la vida exhale desde mi rostro.

Será de este o de otro modo —¿quién lo sabe?—,
pero estarás presente como ahora que vuelvo a andar
y quedo solo entre mis papeles y el amor
como algo que ha rodado (lágrima o piedra, da lo mismo),
y que al fin se está quieto,
que al fin está en su sitio,
que al fin se cubre de sí mismo.

No apagues la lámpara, no apagues la lámpara...

IDENTIDAD SENTIMENTAL

Lugar de nacimiento

Lima, aire que tiene una leve pátina de moho cortesano,
tiempo que es una cicatriz en la dulce mirada popular,
lámpara antigua que reconozco en las tinieblas, ¿cómo eres?

*Soy, como ayer, reina de huertos y baldíos
porque mi orgullo todavía reposa en una almohada de plumas,
y en el ocaso, gentes, árboles y oraciones
descienden hasta los balnearios del sur como una ola de fantasmas,
en tanto en las chinganas de adobe de los cerros
la guitarra humedece con la melancolía del vals
la pálida lujuria que suele pintar de gris la madrugada.*

Lima, rostro que ha tallado en la niebla su gesto menos glorioso,
color que se disuelve en el cielo como un azúcar mortecino,
paz que se extiende entre una nube y una lágrima, ¿cómo eres?

Entre 1924 y el año en cuyo carro se desliza esta fecha han sucedido cosas graves, cosas insignificantes, cosas simplemente: algunas guerras, por ejemplo, y algunas invenciones temerarias para hacer a la vida menos hija de la muerte, y todo es la edad que cargo a la espalda como un fardo de fuego que no sé cómo olvidar, dónde poner, qué hacer con él mientras avanzo.

Si dejo el paquete en tierra y observo su contenido veo los restos del taller ardiente que hay en mis años: semblantes que sonrían bajo el polvo de la distancia, papeles de medianoche escritos con una tinta furiosa, llantos que nunca fueron totalmente enjugados, promesas como la música de un impetuoso instrumento, y besos, y mentiras, y botellas...

De 1924 a hoy he ido echando en mi saco de viaje los desechos del banquete en cuya mesa fui servidor, y ahora los llevo de prisa hasta la estación donde me aguardan.

Instrucción

Una escuela de barrio fue la primera reja
y, tal como la última, cerraba la puerta de una vieja casona
donde la tradición era un olor a trapo y madreSelva.

Después, los patios enlutados de un monasterio,
entre la modorra de los inviernos vacilantes
y el frío y la sombra de otros siglos,
oprimieron las trémulas banderas del primer deseo.
Una ola de nombres y fórmulas se alzó por encima de los domingos
y enseguida cayó ahogando el alba del nuevo día.

Más tarde, una corona de risa en un sarcófago de letras muertas,
una reverencia y un vuelo para interrogar los cielos.

La vida no da certificados
y no figuran aquí los amigos que compartieron su pan conmigo,
los hechos cuya agua da sed
porque su fuente es la amargura,
los libros que mi luz quemó, noche tras noche, hasta esta hora.

¿Religión?

Si temo algo horrendo, levanto la cara al cielo y digo: ¡Señor!,
quiero una mano infinita para sentirme acompañado,
pero rechazo la encuadernación de lujo de las palabras sencillas,
la pompa que humea entre brocados y coronas bajo las bóvedas antiguas,
el azote dorado que anuncia la ira inmortal a los mortales.

Creo que la piedad viene de lejos
como un viento melodioso que aplaca la fiebre en la frente del enemigo,
enciende un recuerdo en la memoria del ausente,
reúne a dos desconocidos en una esquina del mundo,
da un acordeón al ciego
y al despojado le enseña a hallar aquello que tanto había perdido.

Cuando quedo con la mirada fija en el vacío,
lleno el vacío con una esperanza,
y esa esperanza no tiene nombre porque es anterior a los nombres.

Filiación Política

El edificio es débil, señores.

Hay hombres que tienen por casa la tumba de otros hombres,
y mujeres que llevan en el seno la leche helada por el miedo,
y niños que juegan a morir cuando debieran mirar el mar como un
(cinema,

y ciudades que se levantan sobre cenizas y pordioseros,
y estruendos que preceden a ciertos corales silencios,
y campanas que anuncian a los pájaros que el horizonte está minado.

Y estas noticias nos llegan envueltas en diarios recién impresos,
a la hora en que el sol saluda al universo
y barre las sucias calles con su pureza matinal,
entonces uno se afilia al partido del que va a matar y del muerto,
ambos con su pasado de *¿Cómo está usted?*
y su delicado porvenir de *La vida, caray, es cada día más difícil,*
muchedumbre que no reunió con su voz ningún caudillo martillante
y cuyo programa figura en las cartas que rodean de papel aéreo todo
(el orbe.

El edificio es débil, puede desplomarse ahora mismo, se desploma ya . . .
Los que han firmado decretos estableciendo la dicha general obligatoria
dirán que la culpa es nuestra
porque no supimos sostenerlo con nuestra sonrisa y nuestro canto.

EL POETA CONOCE LA POESIA

Permítanme decir que la poesía
es una habitación a oscuras, y permítanme también
que confiese que dentro de ella nos sentimos muy solos,
nos palpamos el cuerpo y lo herimos,
nos quitamos el sombrero y somos estatuas,
nos arrojamos contra las paredes y no las hallamos,
pisamos en agua infinita y aspiramos el olor de la sangre
como si la flor de la vida exhalara en esa soledad
toda su plenitud sin fracasos.

Permítanme, al mismo tiempo, que pregunte
si un peruano, si un fugitivo de la memoria del hombre,
puede sentarse allí como un señor en su jardín,
tomar el té y dar los buenos días a la alegría.
Qué equivocados estamos, entonces, qué pálida
es la idea que tenemos de algo tan ardiente y doloroso.
Porque, para ser justos, es necesario que envolvamos nuestra ropa,
demos fuego a nuestras bibliotecas,
arrojemos al mar las máquinas felices que resuenan todo el día,

y vayamos al corazón de esa tumba
para sacar de ahí un polvo de siglos que está olvidado todavía.

No sé si esto será bueno, pero permítanme que diga
que de otro modo la poesía está resultando un poco tonta.

PALABRAS EN UN HOTEL

Alguna vez habrás estado en estas impasibles alcobas,
bajo estas lámparas habrás leído efímeros diarios,
te habrás detenido, solo, ante estas mismas ventanas
para ver el cortejo de los que van a morir,
y sin embargo no estás, no estás,
ni una sola huella de tu visita,
ni una sola mancha de la exhalación de tu vida,
ni tu olor, ni tu voz, ni tu sombra, nada tuyo
hay en esta impecable estación del pasajero
que yo ahora habito con mis pasos y mis recuerdos.
Es cierto, te digo que alguien borra prolijamente esos signos
cada vez que un huésped deja el lecho,
toma sus maletas colmadas de cosas frágiles como la intimidad,
y traspone el umbral de la puerta
con el gesto impenetrable del que de nada se despide.
Esto es lo que queda y se olvida, sí,
las limpias paredes, los muebles silenciosos y vacíos,
las dulces cortinas y esa música del café vecino
que como una sirena me llama hablándome de la reunión,
del encuentro de los seres nocturnos bajo una luz agobiada.

No sé, pero espero una visita, cualquier palabra cordial:
“¿Tú aquí. . .?”, esto o algo más hondo, en el tono familiar
de aquellos que dejé por la embriaguez del viaje.
Yo también despliego el periódico, busco en sus hojas
la frase que revele, de pronto, al otro solitario,
abro las ventanas y contemplo la avenida como el lecho de un río
por el que circula un torrente de lujos y miserias,
caigo en el sueño y despierto, medito, canto, sonrío ante el espejo,
hasta que cierre mis maletas y siga
más allá, hacia el límite jubiloso donde unas lágrimas me reciban.

CARTA SOBRE VALPARAISO

Si usted ve un fosforescente nido
en la cumbre de unos cerros marítimos, si ve
bajar hacia el océano una violenta cascada de brillos
que el agua, abriendo sus puertas, recibe en sus profundidades;
si usted de lejos ve que la noche
sopla poco a poco aquellas luces hasta que al fin,
cuando la aurora se aproxima, cae vencida
por un rayo más duro y matinal,
por un solar destello,
ha visto o recibido el mejor saludo de las costas del sur
que son tristes arenas, confusas peñas,
horribles soledades, piedras lanzadas desde arriba.

Aquel pañuelo relampagueante y tenebroso
es Valparaíso quieto, Valparaíso perfecto, es
el lugar que el hombre ha hecho suyo, el refugio
de unos barcos de dulcísimo color
y estela pura cuando remontan el Pacífico.

Escuche: Valparaíso es un ruidoso barro americano que cada uno
crea con el vaso de vino levantado a medianoche
en una casa de remolienda, templo

o tumba de marineros y mujeres nubladas, y doscientos pesos,
y un cuartucho con una bandera chilena, y una cueca lejana
como un nacarado fondo para el silencio o el amor.
Perdóneme, pero el puerto pone de pronto demasiadas cosas
en un corazón que busca su latido,
que está, comprometiéndose a toda hora con su mundo,
y no puedo dejar de decir
que aquí el mar fue derrotado, su vieja voz fantástica
y su prestigio rotos por un golpe de pala, sus actos
impedidos por la mano de los picapedreros,
y en su lugar nació un mito,
algo que inundó las canciones distantes de Hamburgo o Marsella
y fue el suntuoso capital de la miseria.

Yo recuerdo haber paseado por sótanos húmedos, entre gentes
que iban y venían como insectos de una plantación nocturna,
hablando en voz baja del pescado o el contrabando,
y sin embargo estaba en una altura,
dominando un horizonte sólido de sombras y vientos
por el que habría de venir el alba,
y sin embargo la techumbre salvaje de luciérnagas
tocaba a mi vista las estrellas,
y sin embargo . . .

Crea usted en Valparaíso, en esta cauda viciosa de América,
en esta victoria de los mendigos,
como en aquello que alguna vez fue cierto
y rodó hasta nosotros hecho pedazos por la eternidad.

DESDE EL CORAZON

Me sitúo en el centro de mi corazón,
pongo los ojos en el fondo de ese pozo
como dos lámparas frías que encienden el amor,
¿y qué veo?

Dios mío, si veo
el claro espejo familiar que hay en mi sueño,
el pan que sale del horno de la vida a cada rato.

Vuelve a ti, viajero, vuelve
al Hotel de Bâle, ya que París es una pieza mortecina,
un lavabo, una mesa, un lecho para el vino de esta noche,
y sabrás nuevamente que eres un círculo de dudas
un remolino incesante que gira en torno de la ausencia.

Me sitúo en el centro de mi corazón, repito,
y me digo:

“Estoy aquí, pero en Lima
despertará mi madre cuando el perro
gima a su puerta, le dé los buenos días, la bendiga,
porque su mano es como un fruto que no cesa”.

TRES EPIGRAMAS DE PARIS

1

Mientras esperaba que llegaras,
los trenes partían de Saint Lazare,
los trenes sin ti, con tu ausencia,
mientras no llegabas, mientras
la noche ocupaba su vagón de otoño,
yo hacía adiós y tú no te ibas,
levantaba mi pañuelo y lo agitaba
entre los trenes de Saint Lazare
que volvían sin ti, con tu ausencia,
mientras la noche partía, y partían
la espera, el adiós, todo el otoño.

2

Pero un día trajiste tulipanes,
y trajiste también algo que no se ha deshojado,
que está en la pieza todavía y amenaza,
que es como tú, ligero y repentino.

Tal vez dejaste en algún sitio, en sombra,
algo que va a estallar de pronto,
un tulipán, quizá, como los otros,
que hará volar el sueño en mil pedazos,
un tulipán de tiempo en la memoria,
algo en la sombra que amenaza todavía.

3

Al fin, tu cuerpo y el mío fueron uno,
y fueron mil, y no fueron ninguno,
hasta que el alba entró por la ventana
y a cada cual le dio su rostro y su apellido.
Todo el amor será multiplicar ese deseo,
hacerse uno, mil, ninguno, o simplemente,
mirando el alba entrar por la ventana,
con rostro y apellido no ser nadie.

COSAS NO HABIDAS

¿Existe el puente de Saint Michel
donde leí a Musset con un clavel en el bolsillo?
¿Rió Voltaire bajo mi almohada alguna noche?
¿Tuve remordimientos como un niño
en el crepúsculo infinito de noviembre?
¿Y la canción, la voz, al aire?
¿Estuve ahí o estuvo uno que fui, que he sido?

Oculto estas imágenes pálidas, pongo
entre otras cosas antiguas estas cosas,
cierro el álbum triste del corazón
en donde aquel pasado languidece:
puente, clavel, crepúsculo, mentiras,
libro, almohada, canción, noviembre, nada.

CAFE MABILLON

Bajo el cielo frío de la pintura abstracta
alguien compra una manzana,
alguien la come,
alguien arroja el resto al tacho de basura,
pero mientras conviven este y otros ciudadanos,
documentos en orden, visas en regla, en paz con Dios y los Estados,
tengo unas ganas infinitamente incontenibles
de irme a cualquier selva, con taparrabo y plumas,
con un gran felino adentro por todo compañero,
y afuera ojos, nariz, boca
y sexo terrible a la intemperie del deseo.

Pero me quedo. Pido
una inocente coca-cola, y me pongo a pensar,
a dejar caer como una gota difícil
el sol de la pintura, la manzana, los espectros civiles de la calle,
y el bosque se reduce al jardín,
el jardín a la maceta
y la maceta, en suma, al impreciso ramo de papel
que es el poema melancólico que escribo.

PUEBLO ESPAÑOL

Puedo afirmar que en una casa de Puerto Chico habita el pueblo
(español

(al cuello el yugo secular
y las flechas hiriendo el corazón sin esperanzas),
pues he estado en la mesa de Julián el panadero
a apurar con él el vino que sangra su salario,
a cantar con Mari y Julianín,
a ver cómo la madre Dionisia lava la infinita ropa con sus años,
a tocar con mis dos manos débiles
la sustancia humana que ahí circula inmensamente.

En la casa del pueblo español he dormido,
bajo ese techo he tocado el cabello de algún niño que lloraba,
he visto el dulce fondo de la amargura,
y puedo decir que ningún huésped
tuvo nunca una más limpia almohada,
un pan más blanco y un más profundo lujo en su descanso.

Debo ahora llegar hasta el hogar de Puerto Chico
y pedir a Julián, a Dionisia, a los pequeños
que rebullen en torno al plato vacío de la noche,
perdón por la frágil memoria de este mundo, perdón por tanto olvido.

ADIOS EN SANTANDER

El sol de España,
las moras de Santillana al borde del camino,
tu silencio, de pronto, como el zumo de un recuerdo demasiado tuyo,
eso quizá me quedará de este tiempo contigo y con el mar.

Yo sabré acariciar tiernamente tales frágiles signos de la vida
cada vez que haya niebla y desazón,
porque tendré días largos mañana,
tardes nostálgicas muriendo en los ficus de Lima,
noches como un libro de oraciones cerrado sobre el corazón,
y entonces me será necesario
contar las monedas que guardo de este oro estival.

Oigo las olas del Cantábrico, brama en ellas
el toro muerto y resucitado eternamente en las arenas ibéricas,
y eso es tu voz, tu piel, tus ojos soñadores,
y ya te digo adiós
mientras tomo mi equipaje
en donde no llevo palabras de amor.

SUEÑO DEL EXTRANJERO

El sueño ha recogido sus velas
y ya navego por el lento sopor del verano,
estibado de melancolías, turista
en mis recuerdos de catedrales y ríos.
Navego esta mañana por la calle,
tropiezo con el candor de una muchacha
o evado el grave golpe de un mendigo,
avanzo torpemente hacia donde nadie me espera.

Oh, sí. . . El extranjero remonta su soledad en las ciudades
con un billete de vuelta en el bolsillo
y en las pupilas ciertos paisajes que no halla fuera de sí,
pero en el sueño hay un espacio semejante a su nostalgia
porque las aguas nocturnas llevan consigo trozos de la patria,
muros domésticos, sombras pobladas, cielos lejanos y admirables
donde está escrito su propio nombre para siempre.

El día no corre. Se desenvuelve penosamente,
se dilata como una ciénaga maligna,
y dentro de él estoy ahora que he despertado.
He visto mi puerta, es verdad. No llamaré al llegar
pues está abierta e iluminada
diciéndome que la vida siempre comienza en su umbral.

TANGO BAR

Mientras cantas, cantor,
mientras tu voz llama al amor
y tu palabra siembra esta horrible noche en mí,
¡cuánto me cuesta sorprender al hombre que se desprende
de sus antiguos dioses y zarpa
por un mar silencioso hasta el confín de mi sangre!

Mientras cantas
y el bandoneón funde sus aguas con mi desgano,
¡qué montaña desciendo penosamente
cargado de sombras y de luces, y de verdades y mentiras,
de viejos reproches maternos que apenas oigo ya!

Mientras cantas
y el violín huella mi sien como la espina amarga
de un vegetal terreno en cuyas hojas me desplomo,
¡por dónde he de ver nacer el esplendor que cubrirá
mi cabello de alegres rayos, mis ojos de visiones perpetuas,
mi piel de tatuajes indelebles como los del amor!

Mientras cantas, cantor,
mientras soy feliz con el tango, tu altiva melodía.

LAS CUMBRES

(palabras para una canción)

Entre una mancha de pájaros fugaces
las cumbres coronan los siglos despoblados,
reinos que miramos perderse
bajo cúmulos y lampos de luz helada,
reinos que miramos ceder su silencio a los cielos,
a esos siderales espejos del universo andino.

La vida se deslumbra ante estos sarcófagos,
pequeña y sola como el vuelo de los pájaros
que vienen del norte agrupados por un antiguo terror,
a devorar la vaca pútrida cercada ya por la peste.

Los barrancos se recogen de pronto, vibran
en una especie de tajo que cicatriza lentamente
ante unos ojos atónitos cuya rebeldía es la contemplación.

Abajo, los animales pastan, las casas
tienen fuego por cada velada,
la iglesia de barro recibe al día en su campanario
y en el horno el pan saluda el esfuerzo de las mujeres.

La montaña es la sombra que pisamos
en el charco que deja de croar,
la tristeza que sabe que el alba es tardía
como un premio al asombro,
los pasos de unos desconocidos alrededor del mismo altar.

Como un latido, la aldea es instantánea,
algo preciso que cae y se levanta nuevamente,
y admite al huésped como a un bienvenido
si en sus sienes el páramo ha puesto su desgarrador sello.

Remolinos de piedra giran en torno de cada sueño,
de cada deseo, de cada fuga de muchacho,
y la libertad es sólo esa mancha de pájaros fugaces,
esas cumbres inocentes y puras,
ese amor que surge cuando lo funda la mirada.

TODO ESTO ES MI PAIS

Mi país, ahora lo comprendo, es amargo y dulce;
mi país es una intensa pasión, un triste piélago, un incansable manantial
de razas y mitos que fermentan;
mi país es un lecho de espinas, de caricias, de fieras,
de muchedumbres quejumbrosas y altas sombras heladas;
mi país es un corazón clavado a martillazos,
un bosque impenetrable donde la luz se precipita
desde las copas de los árboles y las montañas inertes;
mi país es una espuma, un aire, un torrente, un declive florido,
un jardín metálico, longevo, hirviente, que vibra
bajo soles eternos que densos nubarrones atormentan;
mi país es una fiesta de ebrios, un fragor de batalla, una guerra civil,
un silencioso páramo cuyos frutos son jugosos,
un banquete de hambres, un templo de ceremonias crueles,
un plato vacío tendido hacia la nada,
un parque con niños, con guitarras, con fuegos,
un crepúsculo infinito, una habitación abandonada, un angustiado
(grito,
un vado apacible en el cual se celebra la vida;
mi país es un sepulcro en medio de la primavera,
una extraña silueta que abrumba con su brillo la soledad,

un anciano que camina lentamente, un ácido que horada los ojos,
un estrépito que apaga todas las músicas terrenales,
un alud de placeres, un relámpago destructor, un arrepentimiento
(sin culpa,

un sueño de oro, un despertar de cieno, una vigilia torva,
un día de pesar y otro de risa que la memoria confunde,
un tejido de lujo, una desnudez impúdica, una impaciente eternidad;
mi país es un recuerdo y una premonición, un pasado inexorable
y un porvenir de olas, resurrecciones, caídas y festines;
mi país es mi temor, tu ira, la voracidad de aquel,
la miseria del otro, la defección de muchos, la saciedad de unos
(cuantos,
las cadenas y la libertad, el horror y la esperanza, el infortunio y
(la victoria,

la sangre que fluye por las calles hasta chocar con el horizonte
y de ahí retorna como una resaca sin fin;
mi país es la mujer que amo y el amigo que abrazo tan sólo por amigo,
el extraño que te sorprende con su odio y el que te da la mano
(porque quiere;

mi país es la ventana a través de la cual miro la tarde,
la tarde que cae con sus ramos de melancolía en mi pecho,
y el agua matinal con que limpio mis pupilas de imágenes sucias,
el aire que respiro al salir de mi casa cada día,
y la gente que se precipita conmigo a los quehaceres sin sentido,
el trabajo, la fatiga, la enfermedad, la locura, el pensamiento,
la prisa, la desconfianza, el ocio, el café, los libros, las maldiciones;
mi país es la generosa mesa de mi casa y los rostros familiares
donde contemplo la marea incansable de mi dicha,
el cigarrillo que consumo como una fe que se renueva
y el perro cuya piel es cálida como su amistad;
mi país son los mendigos y los ricos, el alcohol y la sed,
la aventura de existir y el orden en que elijo mis sacrificios;
mi país es cárcel, hospital, hotel, y almacén, hogar, arsenal;

mi país es hacienda, sembrío, cosecha;
mi país es escasez, sequía e inundación;
mi país es terremoto, lluvia, huracán;
mi país es vegetal, mineral, animal;
mi país es flexible, rígido, fluido;
mi país es líquido, sólido, inestable;
mi país es republicano, aristocrático, perpetuo;
mi país es cuna, tumba, lecho nupcial;
mi país es indio, blanco, mestizo;
mi país es dorado, opaco, luminoso;
mi país es negro, amarillo, cobrizo;
mi país es amable, hosco, indiferente;
mi país es azúcar, tungsteno, algodón;
mi país es plata, nieve, arena;
mi país es rudo y delicado, débil y vigoroso, angelical y demoníaco;
mi país es torpe y perfecto;
mi país es enorme y pequeño;
mi país es claro y oscuro;
mi país es cierto e ilusorio;
mi país es agresivo y pacífico;
mi país es campana,
mi país es torre,
mi país es isla,
mi país es arca,
mi país es luto,
mi país es escándalo,
mi país es desesperación,
es crisis, escuela, redención, ímpetu, crimen,
y lumbre, choque, cataclismo,
y llaga, renunciación, aurora,
y gloria, fracaso, olvido;
mi país es tuyo,
mi país es mío,

mi país es de todos,
mi país es de nadie, no nos pertenece, es nuestro, nos lo quitan,
tómalo, átaló, estréchalo contra tu pecho, clávatelo como un puñal,
que te devore, hazlo sufrir, castígalo y bésalo en la frente,
como a un hijo, como a un padre, como a alguien cansado que
(acaba de nacer,

porque mi país es,
simple, pura e infinitamente es,
y el amor canta y llora, ahora lo comprendo, cuando ha alcanzado
(lo imposible.

VIDA DE XIMENA
(1960)

Créceme el corazón porque estades delante

POEMA DE MIO CID

I

Ojos, mundo

Ojos que devoraban nuestros ojos
los tuyos al llegar. Era febrero
y el sol rotundidad daba a la vida,
al bulto de la vida que ocupaba
todo el espacio del amor y todo
el tiempo en que tu amor sobrevenía.
Ojos eras, ávidos ojos eras
que al sol incorporaban en febrero:
mundo era el mundo ya y tú mirando
te devorabas sola el mundo entero.

II

Noches de vigilia

Alertas los oídos en la noche
auscultaban la sombra en que tu cuerpo
exhalaba su aliento, su vagido,
su arduo trabajo de absorber los días,
y un simple roce, una sutil caída
de hoja en el gran silencio de los sueños,
nos pusieron de pie, prestas las alas,
para ayudarte a remontar la vida.

III

Primera sonrisa

Tu sonrisa fundó un nuevo universo
sin horizonte en el hogar, recinto
donde un cielo de vidrio calcinaba
sus arboles, sus cenizas, lejos.
Fue entonces ella el único espectáculo
que nada competía, ni la imagen
del aire, ni la luz, ni las estrellas,
ni tanto objeto extraño e indistinto
que al clarear de alegría ese estallido
se hizo parte fugaz de un infinito.

IV

Las palabras

Como alegre bandada tus palabras
(*uno*, geranios; *muchalagua*, el mar)
pajarearon el habla, hicieron trizas
con su verdad la faz de la mentira.
Tejiste en torno a ti un diccionario
simple como la trama de tu vida,
y aunque sus libres páginas un día
sean segadas por el golpe horrible
de las tristes gramáticas antiguas,
ya verás que al nombrar los imposibles
un poeta hallará tu voz perdida.

V

Fantasia

¿Para qué existen las jugueterías,
para qué inventos de hojalata y goma,
si basta un trozo de papel o un frasco,
un resto del azar de cada hora,
para alcanzar la altura de aquel astro
cuyo fuego llamamos fantasía?

VI

Mañana

Un día ella será como nosotros.
Es duro y necesario. Bajo el cielo
del Perú habrá justicia, no este oscuro
árbol de pena y de violencia. Un día
ella será. Será y le habré dejado,
no dinero, no gloria, no linaje,
sino el legado de una paz sin miedo
donde los dones de la patria sean
suyos, de todos. Lo prometo ahora
a Ximena, a los niños que en sus juegos
son de mañana en el presente incierto.

CUADERNILLO DE ORIENTE
(1963)

ADIOS AL OTOÑO JAPONES

Otoño japonés, vasto setiembre
de incienso y ruido, de camiones rápidos,
de nubes como lámparas quemadas,
de grandes rayos, sedas y engranajes.

Otoño de cisternas, peces raros,
nylon, muchachas, templos, campanarios
y fútiles postales de los lagos.

Otoño japonés de rojo cuajo,
tan con hojas tostadas ya y sin flores
pero también con rocas y guijarros
en el jardín que urdió Koberi Enshú
para abismar el corto tiempo humano,
para pensar la muerte respirándola.

Otoño japonés, cátodo, fluoro,
largo pincel de asfalto entreverado
que a los celajes grúas aproxima
y al duro ventarrón demora en láminas,
otoño en sol y en aguas, delicado
zen de cristal o de materia plástica
que apura el té y agita los dinamos.

Otoño japonés, breve setiembre

con el vientre caldeado de personas,
otoño en la espesura de las calles
y de los astros, desusado otoño
te digo adiós y al alejarme siento
tu helado y cálido áspid como un halo.

Hakone, Setiembre 1963

PEQUEÑA CARTA PARA LA CHINA

Ola de humanidad, China,
densa matriz del mundo,
colmenar de los siglos.

China, reciente estrella,
y distante luz, tramó
tu palabra de encaje
el sol más puro.

Ola de humanidad, China,
tu salto de dragón
puso en las cimas los abismos.

China, remota herencia
de apremios y compases,
si tu saber nos sacia,
nos falta tu armonía.

¡Ola de humanidad, China,
qué hemos de preguntarte
mientras grana tu espiga!

Pekín, Octubre 1960

EL TACTO DE LA ARAÑA

A Carlos Drummond de Andrade

*The spiders's touch, how exquisitely fine,
Feels at each thread, and lives along the line.*

POPE

TESTAMENTO OLOGRAFO

Dejo mi sombra,
una afilada aguja que hiere la calle
y con tristes ojos examina los muros,
las ventanas de reja donde hubo incapaces amores,
el cielo sin cielo de mi ciudad.
Dejo mis dedos espectrales
que recorrieron teclas, vientres, aguas, párpados de miel
y por los que descendió la escritura
como una virgen de alma deshilachada.
Dejo mi ovoide cabeza, mis patas de araña,
mi traje quemado por la ceniza de los presagios,
descolorido por el fuego del libro nocturno.
Dejo mis alas a medio batir, mi máquina
que como un pequeño caballo galopó año tras año
en busca de la fuente del orgullo donde la muerte muere.
Dejo varias libretas agusanadas por la pereza,
unas cuantas díscolas imágenes del mundo
y entre grandes relámpagos algún llanto
que tuve como un poco de sucio polvo en los dientes.
Acepta esto, recógelo en tu falda como unas migas,
da de comer al olvido con tan frágil manjar.

LA VIE EN ROSE

La vida es un batiscafo o un corazón de hierro,
la vida, o sea, su duro cráneo
en medio de la blandura del universo y sus cartílagos.
La vida es rica en proteínas, pero muy pobre
en flores y eternidades,
digámoslo con calma: pobre
como el invierno en la cruz de las avenidas
donde con frecuencia me encuentro desabrigado
y donde la policía
custodia el orden con los delitos a cuestras,
con las drogas, los volantes subversivos
y los humildes coitos de parque público.
Hablo de la vida y digo que prefiero
pasarla mecanografiándola
aunque a veces verdee como una higuera centenaria al sol.
Pero ella es lo único que verdaderamente me interesa
pues es más perfecta que los sueños,
conversa a solas con mis amigos,
atraviesa el ojo de una aguja como un camello o un rico.
La vida que tiene una cicatriz en el pecho,
que no se salpica con los líquidos ancestrales

y que un día llena de perfumes y de música de alas
se la comen los gusanos,
se llama carroña
y todos la olvidan.
¡Ah, batiscafo o corazón de hierro que padece de pena,
te deseo buena salud!

CONTRA EL RELOJ

Los relojes se paran a la una o las doce,
tienden sus alas de metal
y caen como alcatraces,
y el hombre no sabe qué hora es la suya,
cuál es el plazo de su palpitación y su amor.
Cuántos relojes he visto, cuántas veces
he ido de prisa a encontrarme con un vacío,
aunque eso no me inquieta mucho
puesto que cualquier tiempo pasado fue peor.
Los relojes suelen tener corazón, pelos y otras cualidades,
suelen también despertarnos de noche y decirnos
que hay un verso impronunciado en la oscuridad.
Asimismo, los relojes de las torres de provincia
entre la niebla parecen un trozo de luna,
y los relojes de bolsillo siempre son reliquias familiares,
y los de pulsera son suizos, extraplanos y muy caros,
pero todos se paran un día a las doce o a la una,
y ya no son nada.
Láminas de los relojes de Nuremberg, relojes de cucú,
relojes de arena con su rutina artesanal,
relojes de buho que mueven los ojos a izquierda y derecha,

relojes de anillo, de guardapelo, de alcancía, de automóvil,
relojes de sol, intihuatanas de piedra, big-ben de intriga policial,
todos ellos son ciegos y crueles,
uno pierde el tren lo mismo,
uno envejece igual,
y caen los alcatraces, la vida, los años gota a gota.

PATIO INTERIOR

A Luis Loayza

Viejas, tenaces maderas
que vieron a tantas familias despedirse,
volverse polvo y llovizna,
retornar a las dunas como otra ondulación,
os debo algo,
dinero, melancolía, poemas,
os debo cierta ceniza plateada y claustal.

Columnas fermentadas que persisten
soportando la sala, la alcoba, la despensa,
la cocina donde humeó algún sabor frugal,
os debo riquezas sin ira,
grandes palideces pensativas.

Patio interior,
cuervo de ociosas neblinas
entre cuyas largas plumas los amantes
se deslíen como una inscripción de pañuelo
os debo ahora mismo mi fosforescente vicio,
y os habito,
os corrijo,
os firmo con mi rápido nombre de cuchillo.

LUZ NEON

A Abelardo Oquendo

No hay noche en la ciudad, no hay
sino este tenue resplandor,
este halo triste en torno de las casas,
este antifaz fetal del día que pasó
y hecho jirones permanece.

No hay
noche en las tiendas de lujo, en los bares, en
los cuartos de hotel donde el sexo
pudo cantar su bella tonada invernal.

No hay
noche porque un tiempo de carbunco y grava
baja por los muros parpadeando como un insecto,
y arrastra una buena cena,
y paga con una plata fugaz e intermitente.
No hay noche de veras y tampoco
un negro follaje donde el sueño transplante
su polen de meteoros.

No hay
ayer, ni hoy, ni mañana,
ni citas de la vida con la muerte,

ni una estrella que mirar
al mismo tiempo que la mira algún ausente.
Nos bañamos en carteles de inclemente color,
nos quedamos sin noche,
quemados por la luz neón y absortos
como buhos que evocan oscuridades.

LIFE VEST UNDER YOUR SEAT

Aeropuerto, piano de cola del planeta,
suenan en tu dentadura ciudades, cifras, apellidos,
y tus espesos ropajes de hierro amortiguado
retardan mi paso bajo tus horcas,
mi larga sombra ante tus lacios flecos eléctricos.
Patio de ojo insomne
que protege la red de besos y disfraces del mundo,
consúmeme de un sorbo
como la estrella que apura la noche con una cañita
(aunque esto es, lo sé, una idea desesperada e innoble),
porque la envoltura de mi vida
oculta bajo sus pliegues el temblor de su instinto gelatinoso.
Mas como no me ves, no saludas mi llegada
cual un embajador de las obstinadas neblinas del mar,
y permanezco entonces en mitad de la escalinata
meditabundo frente a la gran montaña que ascenderé,
suspendido del hilo de seda del presentimiento,
mientras el velamen de tu música neutra, vidriosa, giratoria,
arriba se abre como un blanco nido vacío.
Aeropuerto, antesala del concierto,
escucho el himno que debo entonar mientras tomo
mi corazón en la mano,
mientras te abandono envuelto en mi membrana de inmortal.

CLOSE UP

*...este alma de polvo
de los días malos.*

MACHADO

Me pongo en pie vacilante,
sufro un eclipse de suicida.
Algo en mi pecho pudrióse, algo,
lodazal o cisne, fermentó al soñarlo.

¿Fui madriguera o ápice? ¿Algo
como una polvorienta digestión
descifró mi persona impersonal?
Claustro es la calle, secreta

mofa la acidulada aurora,
negra piedra la luz en mi ventana.
Zozobro cuando mis hélices giran
y sin tenerlo pierdo el día.

ESTO MISMO

*La ciudad está en mí como un poema
que no he logrado detener en palabras.*

BORGES

Hace tiempo que empecé a escribir esto mismo,
cuando la calle me hablaba al oído desde el amanecer,
cuando pregonaba a mi puerta su unanimidad
abriéndose como una flor de incompatibles altavoces.
De ella mi abeja libó la primera miel del bullicio,
aturdida por la promiscua maraña de la ciudad,
esto mismo candente en el aire como un gran solsticio
de ropas, de frutas, de perros, de gentío.
Mi edad es la de mis inconclusas palabras,
mi morada la colmena donde mis alas son las del enjambre
y toda mi vida esto mismo pendiente en cada sueño o pensamiento
que sólo podrá concluir cuando en la calle
no quede ya para nadie ningún sabor que paladear.

GRABACION PARA AGUSTO

El gramófono con el vals de Montes y Manrique,
la chimenea ahogada bajo la llovizna,
el torno del alegre carpintero,
aquella rosa exhausta de medio año
ya no están aunque otros frágiles niños
querrán sin duda ser marinos,
desearán la verde luz de las distancias
como un infinito tobogán para deslizarse rugiendo.
Ahora la escalera cruje un poco más,
hierve el mundo de otra gente que quiso ser
y el gramófono es igual al planeta
que gira en su vacío de siglos y decepciones,
y no puedo distinguir la silueta del carpintero,
ni comprender quién nos robó el lejano paisaje musical,
ni cómo dieron este extraño vuelco los tiempos
hasta empalidecer las plateadas flores del empapelado
y derrengar los maderos como la osatura de un viejo.
Mi pensamiento habla solo, oye en alguna parte
el vals de Montes y Manrique erigido en la soledad,
y está loco el pobre mendigo de caricias
sin saber si quería ser marino, carpintero, chimenea o tobogán
aunque gira en su gramófono el planeta,
aunque la muerte gira en su disco negro sin olvidarnos.

ROSA SOLO ESCRITA

Conozco muchos poemas a la rosa
—aquel famoso de Góngora, y uno de Lope,
y otro que firma un tal Martín—, pero
jamás tuve en la mano una rosa,
salvo una tarde en que esperé a una mujer,
y recuerdo que creí palpar
un charco de lluvia de ayer,
y ya sé que estoy huérfano,
que son tristes los rosales del libro,
los quebradizos pétalos de luz eléctrica,
los jardines de escaparate de setiembre
donde la muerte es un florido artefacto mecánico,
un rosal de Góngora, Lope y Martín,
pero no una rosa viva y espesa que tiene
así en el fondo del amor como en la tierra.

REALIDAD TODA MUJER

A Irma otra vez

Mujer, mira al hombre
que apiñado en tu cripta inhala dioses,
que asciende tu escalera taciturna,
que tu arpa de penurias
toca en la noche
con sus inertes sueños.

Mira su sombra de tigre
alargarse al ocaso por tu bosque,
mira las redes de tu sangre
recoger el otoño de sus garras,
mira al hijo, al marido, al padre,
que uno son y son todos
sólo por tu presencia.

Mira ya humano al hombre
sólo por tu presencia, oh real.

SALUTACION DEL PEQUEÑO OPTIMISTA

Mi saludo infantil de esta mañana
es por la vida que arroja al sueño en mi pelo,
y porque ahondo este café imprescindible
pienso en los pasos urgentes
que bajaron o subieron al guiño de la luz
la débil escalera del ayuno.

Pequeño optimista, entono mi casto concierto,
mas no ignoro que todavía hay tazas heladas,
ventisqueros de pesadilla en alcobas y sábanas,
buenosdías que la tarde irá nublando poco a poco.
Pero me tomo esta libertad
porque descubro que la sangre se me sonroja en las uñas,
y mi saludo matinal es ese mismo impetuoso color
y esa misma puntual gratitud de animal
por la sencilla boda del hombre con el día.

ASTUCIA DEL OLVIDO

¿Se llamaba Hilda? ¿Acaso Elba?
Tal vez era Olga o algún otro bisílabo casual,
mas de la tarde de domingo
en que a su lado estuve
sólo me importa el anónimo prestigio
que urdió el moroso ocaso del mar
con la rápida veladura de una nube final.
Ella nunca supo
que el portón de su casa resplandecía
como un altar,
que los pacientes goznes eran ascuas
y que un polvo de iris lloviendo sabiamente
trocaba el orín de inviernos sucesivos
en gracia de su mirada y su pequeño aliento frutal.
¿Pero cómo se llamaba? ¿Cómo eran
sus ojos, su pálida piel de extramuros,
sus nerviosos pies entre la pobre arena?
La astucia del olvido es cruel
y debo darle un nombre para salvarla,
para rescatar a la improbable Hilda,
a la no sé si Elba u Olga,
de la muerte que ahora es su despiadada madre.

DIALOGO CON EL VINO

A Jorge Guillermo Llosa

A tu abundancia me acerco,
en tu pezón sagrado me intimo polvoriento
y lo muerdo para mudar mi color de claustro
por el sol partido en dos,
para cambiar mi voz arropada en las elegías
por una columna de tinta roja
que anuncie como una bandera un nuevo corazón.
Mintieron que eras el sábado violento
del águila bicéfala que mata y recrea,
que pedías todo el aroma que respira la vida
para mezclarlo con el ácido que aplaca la germinación,
pero te probé como a la entera realidad
y tuve entonces ojos que abarcaron con una mirada todo el tiempo
y como un obús tu miel cayó sobre mi instinto,
sobre mi oscura caja de deseos insatisfechos y pérfidos.
Ahora desciendo, subo y habito inmóvil
el fondo de la muerte,
y en tu arte me contemplo como en una laguna
que refleja todos los libros,
todas las salamandras que anidan en el fuego,

todos los encuentros felices que el azar impidió,
todas las navegaciones en el aire, el mar y la música,
y en torno de mi cuerpo
humea al fin la púrpura impecable de la cuna,
la gran mancha pecaminosa que me hizo reír y llorar.
Me acerco a tu oráculo,
en tu piel mágica me irradio polvoriento.

IMPROBABLE JUVENTUD

Quise ser quien inunda de sangre
el óseo apartamento del espejo,
mas visto el luto
con que en el huerto del amor
el alma anduvo desalmada.

La tradición colgó su retrato
en un clavo en mi pared
y ahí pintó su infausto cartel:
"Prohibido hablar al motorista".
Obedecí, me amamantó la estéril loba.

Quise ser un quimérico libro
abierto al azar por la brisa de su canción,
y hoy sólo tengo ausencias,
el dorado vacío de la improbable juventud
apretado en el pecho,
empobrecido ya y cayendo como la tarde.

A UNOS POETAS

A Nicanor Parra,
a Mario Benedetti

Sus fábulas de descontento
son en terco español mi propia cadencia
y quiero anudar mi voz
como una cuerda a sus vivas guitarras
ya que les debo la amistad,
es decir, la sensación de vivir,
cuando se declaran contra la cédula de identidad,
contra el reloj sentado a la puerta del amor,
contra los que cierran el destino como una caja de caudales,
contra los enemigos del vino desprevenido y locuaz
que sobrevive a sermones y editoriales de fondo,
contra los que ahuyentan de los parques
a los perros, a los enamorados, a los niños que orinan
su gran rúbrica riende junto a un rosal.
Sus invenciones, sus vuelos, sus temporadas infernales
son en terco español mis entrañas americanas,
y quiero encender mi lámpara
con la luz oral con que me alumbran
cuando despliego sus libros,
sus mágicos labios comunicantes.

RECADO PARA UN JOVEN POETA

No estés solo,
no hables contigo de tí mismo,
no mires demasiado
tu cinema en penumbra.

Si alguien te pregunta
por qué la flor ya no es hoguera,
y el cielo su húmeda capa arrastra,
y el sol descuida
sus músicos,
sus habas,
sus lechuzas,
sus reinos de paja y mineral,
no eches llave a tu puerta,
a tu ventana sonriente.

Sal pronto afuera,
cruza el puente
que va del sueño a la palabra,
y si estalla una pregunta
como un ojo vaciado en la noche,

si la libertad te avienta al mundo
sin que puedas besar a una muchacha,
es porque te ha elegido
para ondear en su nombre.

Por eso, no estés solo
con tu película muda.

DESCRIBO EL INVIERNO

A José Miguel Oviedo

Conozco bien estos pesados guantes de albayalde
porque antes ví su rastro
cubrir otros días de lujuria y beatitud,
la rauda pareja de lobos
de cuyo lecho nacen como quejidos o espasmos
humedades, virus, toses.

¿É cómo el tiempo cose sus lentejuelas
en la loca ropa de ayer,
cómo se agrietan sombras de muebles y paredes,
cómo el corazón se encharca y lentamente
trae un recuerdo desde la antigüedad.

Repito mi historia en el duro piano de invierno:
mi sangre es toda blanca
cuando las brumas de junio en los parques
tuercen el cuello al cisne de la fecundación.

CONCIERTO DE LA MEMORIA

Cierta luz helada que es su fascinación
la persigue hasta su guarida,
refulge alrededor de sus herramientas
y es el halo que amamos en lo que hemos perdido.
Esa llama sin fuego es un óbolo de la muerte,
un ademán parecido al del verdadero otoño,
pero la estación no volverá jamás
y lo que descubrimos en el subsuelo
es apenas una fotografía velada por desengaños y vacíos.
La luz tras la memoria,
acechándola siempre aunque sabe
que sólo es necesaria si el sueño es desgarrador
como las uñas del fuego en las espesuras.
Espejo a mediodía, el recuerdo
es un oro impotente que nadie nos envidia,
que no sirve para acuñar medallas con perfiles de león
y que en el fondo de un cajón
parece un fragmento vil que la casualidad nos regala.
Sin embargo, su hielo se funde con la vida,
con el estallido de dos cuerpos anhelantes,
con toda esa edificación que el hombre crédulo
levanta sobre su futuro de innecesario fantasma.

CINCO EJERCICIOS TENACES

A Mario Piacenza

1. EL AMOR

Escribo la palabra amor
porque tiene luz propia,
pero enseguida se apaga.
Es un estambre que brilla
en mi papel,
y empalidece.

El amor sobreviene
como el nocturno en la pradera,
y en vano se lo escribe
si encierran su fuego de máquina
como un felino,
como un loco.

Escribo la palabra amor,
trazo su chispa
y me quemo los dedos.

Nieva la vida en mi cuaderno.

2. LA POESIA

Soy puntual en las citas,
conozco los horarios de mi edad,
hay sello y lo demás en mis licencias,
pero no sé cómo hacer
para que la poesía se levante
de su silla de anciana
y me maltrate con su látigo,
con la dulce culata de su sangre,
con su tijera labial,
hasta matarme
por puntual, por lógico, por araña.

3. LA LIBERTAD

Si el sol brillara hoy
diría a voces que amo la libertad,
su enorme casa de pájaro blanco,
su criatura lanuda,
su límpido semáforo en el cruce,
y contaría que durante sus viajes
la aguarda mi corazón entreabierto
con la mesa puesta,
con la vianda preciosa servida.
Si hoy brillara la libertad,
si chorreara su luz como un bizcocho limeño,
si borrara las cosas atroces
que nos emparentan con la muerte,
mi pie dejaría un rastro de baile,
los sabuesos no sabrían donde estoy,
los jueces se secarían como pantanos
y la vida sería un girasol
derramado como miel en el tiempo.

4. LA NADA

La nada no es espacio,
tampoco tiempo perdido,
sino la confianza
con que retomo la tinta
y combato con su sombra,
y oigo a mi hija llorar,
y siento la dulzura de mi mujer
abrir su cofre de cuentos,
y reconozco a mis vecinos
por sus guitarras borrachas,
y pienso en mis amigos
con odio mas nunca sin afecto,
y veo en mis líquidos
que miento en el teléfono
cuando digo: "No hay novedad",
y todo es nuevo a mi alrededor,
aunque yo acabo de nacer
del vientre de mi sueño.
Pero la nada resiste las olas
en medio de un océano
de cosas y remordimientos.

5. *EL ANIMAL*

Cuando improviso
en este ardiente teclado
aúllan esclavos negros,
bultos famélicos miran
los quesos, las gelatinas
y las suaves canelas tibias;
cuando improviso
gruesas sombras pasan
por entre mis costillas
y en mi pecho se alojan
estrellas y garzas nerviosas;
cuando improviso
tengo los siglos del mundo
y soy la ansiosa nariz
de un animal del tercer día
donde ya está el hombre,
donde estuvo dios antes de morir,
donde mañana estaré
todo claro purificado.

PREGUNTO POR LA TIERRA PERDIDA

¿Cómo me busco en este recipiente,
en este barro derramado por los cráteres,
en este inmenso puerto donde duermen barcazas sin luz
cercada por la peste y la redondez de la carne,
y cómo me he de hallar en el ocaso despoblado
de la montaña y el mar
si tan sólo escucho un aleteo de plumas negras
y no hay pájaros en el impuro delantal del cielo,
y cómo sabré si ese rumor es la súplica de otro recluso
o mi propio corazón que se desvive,
que se despoja de su sangrienta ropa enamorada
y baraja sus naipes pues quiere ganar la partida,
y cómo entenderé las palabras de la política
y las tarjetas de visita de las relaciones públicas,
y las conciencias explayadas en su viscoso domingo,
o el sacerdocio, la epidemia, el rocío, la conferencia económica,
en síntesis, el mundo abochornado que no me cabe en la frente,
y cómo seré capaz de tomar un mapa escolar y encontrar
en sus minucias el lugar tórrido de la inocencia,
la tierra que perdí bajo los pies antes de irme,
y cómo, al fin, he de aceptar sin ira mi plato de lentejas?

SOBRE LOS HEROES

Ustedes tenían dioses impacientes
y también caballos, grandes ruidos, fría destreza marcial,
y fogosas eran las imprecaciones y los hierros
que empolvaban el aire de las luciérnagas serranas,
el fino cristal de las pajas sonoras,
con tanta mortandad por un oro delgado como la Sagrada Forma.

Ustedes sabían que la tierra era una redonda madeja,
que los demonios se armaban en los infiernos y a veces parecían
 ángeles,
que este aborrecido país de caimanes no era Ophir
pero que había de servir para que el Príncipe apacentara su ganado,
la turba inconfesa que sorteaba el mar
con la fiebre indistinta de Cristo en la sangre.

¿Pero ellos? Me pregunto por ellos,
los espantados de ver los ojos de bestia de la muerte extranjera
aproximarse a sus pechos
bautizados de improviso por la exhalante espuma del galope,
los últimos hijos de sí mismos que quedaban,
los últimos vestigios de la enormidad del cielo,
los últimos inventores de moles parecidas en su poder a la
 fecundidad.

Ustedes y ellos por tierra en un acto carnal de odio
mientras la cruz erigía sus aspas en medio de las cenizas
como un remolino de miedo en las manos de unas sombras,
y luego, sólo ustedes, sólo golillas, guerras civiles, posesiones,
sólo camas, alamedas, reclinatorios, partidos políticos.

¿Y ellos? Les pregunto por ellos, señores héroes.
Porque no están aquí, en mi canto, ni en la larga tarde
que ha comenzado a oscurecer aquellas victorias,
pero los siento en mi corazón y tengo necesidad de que vuelvan
como si hubieran estado preparando el asalto,
para enseñar que ustedes fueron únicamente un zarpazo,
el gesto de un tigre quimérico que está acabando en nuestro sueño.

OPERACION AYACUCHO

Agobiada y dulce como la uva en el verano,
en el oído,
en la respiración,
en la frente
me zumba guerra, guerra, guerra,
y sé que el mismo motor de llagas
trabaja en otras cabezas
que podrían estar en un silencio de estrellas
o ser una sombra pensativa a mediodía.
Pero si a mí que habito este país
como el pez los arrecifes,
tocando con pálidas antenas
la oquedad del primer día,
me atraviesa el humo del incendio,
qué será lo que carcome la almohada
del que soporta el peso del mundo,
cómo será este ruido neutro, aceitoso, parietal,
en los países de ululantes negocios extranjeros.
Debo pensar en los demás hijos de mi madre
que el domingo llevan a su familia de la mano
a ver el árbol, el fútbol, las reliquias,

porque me zumba guerra, guerra, guerra,
y le digo: ¿guerra estúpida, qué quieres?,
y aunque masco la cucaracha, la escupo lejos y tiemblo
como si hubiera bebido veneno,
todavía murmura la muerte y me da vueltas
en el oído,
en la respiración,
en la frente,
erguida y amarga como el cactus en el invierno.

LOS CONVIDADOS

A Sakowski Weciow, vieja
amistad de pocas horas.

Como las nubes que tedioso ayer miré,
como el humo que descíñe su ropa de mujer entre mis libros,
como los habitantes de mi ensueño que me hostigan con su poder,
como todo portento que jamás existió si lo he perdido para siempre,
hay ciertas personas agazapadas en la sala de mi corazón
que se ponen en pie, sonríen y me tienden la mano,
de súbito reales por aroma, visión o simple alegría.

¿Quiénes son? ¿Qué hacen? Los vi antes
en un barco que navegaba por aguas lentas e inmensas,
hablé con ellos a la puerta de un hotel un día de lluvia,
una antesala nos hizo leer las mismas revistas sin fecha,
sentí gratitud o compasión por su presencia en un lugar fugaz,
y luego partieron hacia su libertad o su destino.
Mas no se fueron, pues se levantan y me muestran el color de sus
ojos,

las líneas de su mano, el tiempo desleído desde entonces,
como los signos de una vida que continúa a costa mía.
No se fueron como no se pierden el humo desdibujado en el aire,
las bellas bestias que migran en el azul del cielo,

los personajes que ocupan el mundo de los párpados dormidos.
Amigos sin nombre y sin substancia, sed bienvenidos
pues si habéis acudido a mi silencio
improvisó una fiesta y descorcho mi memoria al mar y los espacios
para que la bebamos juntos a la salud de la imprevista amistad,
para que ebrios cantemos que todos los hombres somos uno.

MENDIGO

Desalojado de la tierra, soñoliento caracol
sumido en su intratable vestimenta,
el hombre que a ocultas fotografiamos
con un sentimiento borroso,
el hombre que marcha al azar sobre sus pies con párpados y fango
nos da el encuentro en su cruz y nos sitúa,
y como se trata de limpiarnos los lentes de toda tristeza
para no estar obligados a arrojarle una cuerda
a la otra vida que se ahoga,
qué bien sabemos encubrir el caviar o su imitación cortesana,
retirarnos disimuladamente a nuestra camisa,
hojear de espaldas algún impredecible libro, etc.
El fuego se enciende en los secos cabellos del yermo,
el caracol desollado suena como en las playas antiguas,
y me temo que no van a valerlos entonces de nada
el álbum de pesares, los místicos crespones, el no tener la culpa.
Ustedes advertirán que no estoy seguro de mí
y que no puedo dar un paso sin hallar al mendigo,
sin ser descubierto por su revólver enmarañado e irreal.

RAYO DE CADAVER

En memoria de Eleuterio Alav

Eras sólo una ruina entre edificaciones,
una delgada huelga bajo la ropa amarillenta,
una estela de terco zapato que no sabía reposar.
Y de pronto sonó un tiro que no pudiste oír,
se abrió una tumba gris que no esperaba tanto quejido,
fue empadronada tu familia numerosa
que nadie contó porque no había espacio en los minutos,
pero tu nombre, tu retrato, tu defunción a solas
despidieron su vasto valor de raza perseguida.
¿Quién libra ahora a nuestros hijos de aquella fecha
salpicada de vellos, hendida al rojo, borrada por Dios?
¡Un rayo de cadáver ya se levanta y anda,
ondea un albañil su seda como si el aire lo alojara!

LISTEN YANKEE

Errantes brazos palpan la tierra labrantía,
pies sin reloj ni alfombra huyen de las viejas montañas,
formas aparentes trazan círculos de memoria en los museos,
y pequeñas joyas, piedras astrales, príncipes diseminados,
afligen mi pequeñez, la tuya, muchas otras.
Mas la infinita mirada de la vida que todo lo absorbe
con sus rayos violáceos y tristes como un arpa,
los días o siglos de pueblo contados con los dedos
hasta que se despellejan nidillos y números,
no están en tu diario de viaje.
Aquí calla la ira de labios preñados de indecible,
el amor furioso se muerde la cola en su cueva
y un atisbo de la historia verdadera palpita entre las nubes,
la invisible peruvian curiosity labrada en suave carne humana.

OTROS TIEMPOS Y VERSOS MEJORES

Si antes nada ocurría
ahora la gente se pone de acuerdo
y echa a volar una bandada de rencores
que asolan las viscosas ciudades,
su contabilidad de débiles sumas y restas,
el tedio de su siesta institucional embanderada.
Entonces, descienden como un nubarrón de águilas
devorándose todo
hasta sólo dejar el espacio que admite la primavera,
la pampa colorada donde la nueva mies despierta.
Si antes nada ocurría
ahora se juntan millares en una esquina,
giran en un remolino de brazos, palas y sombreros de paja,
llegan al mundo firmando los telegramas,
asistiendo a las alacenas con panes y otros sabores,
dando cartas de amor a los vagabundos,
ríos a las flores del páramo,
lazarillos a los ancianos,
gritando locamente *viva el día* porque ha sido iluminada
la palaciega noche de las adormideras
con fogatas de sol campesino libre de toda culpa.

Si antes nada ocurría
ahora muchos saben darse cita en la noche
para arrancarle el duelo a la siguiente madrugada
y verla al fin desnuda amamantar la boca innumerable,
la puerta del hombre
por donde vendrán otros tiempos y versos mejores.

SOMBRAS COMO COSAS SOLIDAS

trattando l'ombre come cosa salda

DANTE, Purg., XXI

[Entre los papeles póstumos de S.S.B. se encontraron dos series de poemas semejantes y con el mismo título: SOMBRAS COMO COSAS SOLIDAS, escritos hacia la misma época que EL TACTO DE LA ARAÑA. Uno de los poemas (Para ponerse de acuerdo) fue incluido en ese libro, pero modificado y con otro título: Otros tiempos y versos mejores. Aquí publicamos la versión que no presenta vacíos y es presumiblemente la más reciente.]

ENVIO

Este poema que, como la esperanza que lo inspira, compendia memorias y discurre presentimientos, tiene por inmediatos destinatarios a seis amigos: Luis Jaime Cisneros, Juan Mejía Baca, Luis Navarro Vidal, Gonzalo Otero Lora, José Miguel Oviedo y Daniel Ruzo. Ellos supieron manifestar, mediante un acto de infrecuente solidaridad, la amistad que los une al autor. El poema es, pues, una humilde e imperfecta retribución de afecto al afecto.

SOMBRAS DEL ORIGEN

Nací en un leve nido
de barro y caña de Guayaquil
(calle del Corazón de Jesús, donde ahora
parece fracasar un taller de mecánica)
cuando aún no se hablaba de comunismo
sino en el secreto de algunas familias obreras
y la palabra sonaba muy lejos
y entre muros de niebla
se arrastraba por los largos silencios del invierno.
Un leve nido oculto
en las húmedas ramas de Lima,
un temerario desafío, en verdad,
de aves mutiladas a los cielos.
En torno al nido, paciencias enmohecidas,
patios ralos, rincones de prohibida belleza,
relojes en penumbra,
alcobas muelles y miradas de loco,
y aunque la pequeñez del mundo era infinita
la pobreza del pobre se extasiaba en los entorchados,
bajo la pálida garúa de los oficiales,
al paso de la sigilosa extremaunción,

mientras el tatachín dominical
 vestía los barrios con sus harapos bailables.
 Claro que a veces breves gritos humanos
 pregonaban frutas o mieles,
 piedras de afilar,
 tamales!,
 y los vecinos los invitaban a acercarse a sus ventanas
 de celosías intimidadas por la ola gripal.
 El mar, a distancia, divulgaba su química monótona
 de aires yodados,
 lívidas aguas lentas,
 turbiedades viajeras sin rumbo ni peligro.
 Llanto y risa fui entonces
 y otras cosas enemigas entre sí,
 suaves,
 solares,
 negras también,
 mas siempre mi vida buscó la dulce habitación arbórea,
 el ovillo de barro y caña,
 la cavidad suspendida en la sombra original,
 donde cierto día hubo una irrepetible reunión de calores.
 Nací en un leve nido
 y su pérdida agobia como un terror mi sueño infantil.

DESTERRADOS DE LA LUZ

El Señor Presidente acariciaba
las crines de viento de su caballo favorito.
La blanca, helada mano que enternecía al bruto
era la misma que firmaba los abisales decretos de inclemencia,
la misma que desgranaba en el Tedeum sus preces sin fe,
la misma que ceñía al cuerpo
el delantal escocés,
la misma

mano

dura

del Señor Presidente.

Pálida mano que vendía carne humana,
destinos no nacidos todavía,
y que bendita por su raza avasallante
y sus gruesos anillos usureros
flameaba sensual cuando cumplía con la muerte.
En aquel tiempo ya el pueblo se vertía por callejuelas,
pausado río que tropieza en las esquinas,
retorna al lecho,

deriva a la taberna,

cae

en la cascada maloliente de la procesión y la corrida de toros
y en la tarde de plomo
desanda los suburbios
girando como un número en la rueda del infortunio.
Grupos de hombres borraban sus huellas con alcohol,
injuriaban el vientre encinta de su casa,
llamaban entredientes al asesino,
al hombre libre y oscuro que por fin
asestara las iras contra el falso inmortal.
Y así ocurrió.

Un comandante cortó de un tajo
la leonina cabellera del capricho
pero también fue felino y dio zarpazos,
restauró el temor,
puso negra camisa violenta
a la ignorante soledad de los pobres
y sacudió reciente polvo de tumba en los lechos nupciales.
En el rescoldo homicida, humeante aún la noche,
se fraguó un dedo sobre un gatillo
y cuando la marcial cabeza campeaba ante la multitud
segó su eminencia un estallido,
pero otro,

y otro más,

y cien después

devolvieron su gloria de lobo a los verdugos.
Un plato agonizante era todo en la mesa,
nacía en el poema la rosa de aroma geométrico,
la guitarra enjugaba lágrimas lentas,
y alguien tosía entre rejas,
alguien chapoteaba en la ciénaga y desaparecía,
exhaustas palomas se inmolaban en las tinieblas
ajenas al alba sin contemplaciones

que el sol descorría para todos desde su sede indolente,
para todos,

hay que decirlo,

no para nosotros,

hongos de habitaciones cerradas,
pobres peruanos desterrados de la luz.

SIN SABER PARA QUE

Una mañana de ancestral ceniza
descubrí los caminos del desierto,
los espejismos del adiós rutilante en la arena.
Torcido estaba el nido entre las ramas,
condenada su frágil puerta de amor,
su tosco adobe mudo.

Nadie sabía para qué el hombre había amamantado la guerra,
ni para qué colocó hienas y alambradas de púa
en torno a Occidente, sagrado y musical como su trigo,
ni para qué los murciélagos rutinarios del periódico
cubrieron de membranas el confín del paisaje,
si veíamos indios que eran nobles piedras hendidas por los siglos,
Jefes de Estado arrellanados en su sufragio de ceros,
y áridos mercados de hilachas,
lánguidos callejones de abigarrados creyentes,
automóviles con mujerzuelas y rendidos admiradores,
cosas muy rotas,

distantes provincias,

residencias aterciopeladas,
y el dios de papel sellado jadeando en las oficinas,
tísico, perverso señor

rodeado de guerras, hienas, periódicos y ceros innecesarios.
¿Qué hacer?

¿Dónde poner la mirada
sino en la persona prisionera?

¿Qué contemplar

si el espejo era tempestad
y en él ningún narciso podía adorar su juventud?

¿Qué título optar?

¿Qué placa conmemorativa descubrir?

¿Qué campanario barroco ponderar como joya hispanoamericana?

Quemada en las apariencias

una pregunta llenó de ceniza la mañana:

¿Para qué,

pero para qué fue descubierta esta última morada salvaje?

EL CUERPO DESOLLADO

*huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura.*

QUEVEDO

La patria, un cuerpo,
y al lado derecho del cuerpo encadenado
el buitre nobiliario, rampante, oracional,
picaba el hueso puro,
le sorbía el alma,
lo adelgazaba voraz.
Al izquierdo, la sierpe maldiciente cosía su piel
con pólvora de inocencias.
Oh, nido, casa débil, antiguo origen
sin flores restallantes ni espacios abiertos,
no me resigné,
tú sabes que no me resigné,
porque si la muchedumbre nombraba un caudillo,
el caudillo urdía con su clamor la telaraña de la soberbia,
y si cundía en la prensa la imagen de un general,

el general ordenaba acribillar a los lectores,
y si altivamente crecía un edificio en los baldíos,
la primera piedra aplastaba los dedos desocupados.
Tatuada fue la especie,
derramada la sangre angelical del pensamiento,
sitiado el universo con cementerios puros,
y nada pudo el liberto de ojos recién venidos,
nada las alas truncas del solitario peatón,
nada tanta orfandad manando de las cuevas,
nada tampoco el simple salario entre los hierros retorcidos.
Tú sabes que no me resigné,
que a solas, por saber si era cierto, llamé:
“Condorcanqui,

Zapata,

Sandino....”

y todo siguió igual,

y que volví los ojos empañados a mi hueco,
que extraviado indagué por la redondez de la tierra,
que no compartí con las moscas el panal de rica miel,
y que el tiempo perdido en las tiernas vagancias,
en los libros fosforescentes del insomnio,
en los carnales girasoles que a medias deshojé,
colmó mi corazón de un gran vacío.

Todo siguió igual,

igual el cuerpo entre el buitre y la sierpe
queriendo asir con sus manos de ardiente greda
el cuello del pájaro y las fauces del reptil,
mientras suplicaba resucitar un poco
sin que lo ayudaran,
mientras pedía un martillo trabajador
sin que se lo dieran,
mientras deseaba caminar, conversar, tener hijos, fumar,
sin que nadie le dijera:

“¡Levántate,
anda,
conversa,
ten hijos,
fuma,

pues lo que queda desaparece
y los dioses eternos lo ignoran,
y lo que fluye está ahora aquí mismo
como un río que transcurre para que siempre lo posean!”
Nido de barro y caña,
patria desollada en la roca del destiempo,
con tus órbitas muertas de pena,
con tu hueso carcomido como un madero a la intemperie,
con tu gran luz sin cuerpo en tanto cuerpo,
me tendrás en el humus que hierve con tus restos,
en la hora de la expiación prometida.

SOMBRAS DEL DESTINO

*Je dis ce que je vois
Ce que je sais
Ce qui est vrai*

ELUARD

Se escriben muchas cosas que aletean y desaparecen,
pero del huso de las memorias devanadas
surge el hilo inminente que entretejen
la esperanza mortecina del comunero de Pasco
marchando contra el deshielo de la injusticia,
el pobre apellido Pérez del campesino de Calipuy
con su orificio de bala en plena tarde de sábado,
la florida huelga del peón de Chepén enterrado
con todo el pliego de reclamos en la sangre.
Estambres recónditos trenzan rojos y grises cercanos
con la paciencia de cactus que imposible permanece
en las borrosas familias de San Cosme y El Montón,
el corazón o fortaleza contra el oprobio
del niño del basural que con dulzura de brisa
limpia los zapatos a la salida del cementerio,
la transparente descendencia del minero

que desborda la choza y escupe en Bravo Chico,
la vereda de perfume y miasmas del cauchero
atrapado por la torpe germinación de los reptiles.
Y en la madeja, el barro y la caña del íntimo origen
crecen, se animan, desenvuelven su razón fulgurante,
no ya en mi voz quebradiza, sino en el unánime canto de todos,
fragor de oleaje humano que explaya su inmensidad,
contempla la rica herencia, la desea en sus brazos montañosos
y sabe entonces que tras las sombras lo aguarda la realidad.

PARA PONERSE DE ACUERDO

Si antes nada ocurría
ahora en un instante la gente se pone de acuerdo
y echa a volar una bandada de combatientes
que asolan las viscosas ciudades,
su contabilidad de pálidas sumas y restas,
el tedio de su siesta institucional embanderada,
y descienden como nubarrones de águilas
devorándose todo
para sólo dejar el espacio debido a la primavera,
la tierra colorada donde las nuevas mieses despiertan.

Si antes nada ocurría
ahora en un instante se reúnen millares en una esquina
y giran como un remolino de brazos, palas y sombreros de paja
que ingresa al mundo centellando en los cablegramas,
ocupando caminos y trenes con costales de crudo,
rebosando las alacenas con panes y otros sabores,
dando cartas a los vagabundos,
ríos a los hijos del páramo,
niños a los ancianos,
gritando locamente

¡viva el día!

porque ha sido iluminada

la gran noche palaciega de las adormideras
con fogatas de sol campesino libre de toda culpa.
Si antes nada ocurría
ahora en un instante muchos pueden darse cita
para arrancarle el luto a la madrugada
y ver que punta, como un rayo impetuoso, la flecha augural
que desde el extremo del orbe arrojan otros combatientes.

LA FABULA QUE RETORNA

Golpea sin temor la sombra inmemorial, hermano,
triza en pedazos la lápida maldita,
y abraza y besa tu vasto territorio de abundancia.
Toma tu hachón, hermano,
y en un papel enneguecido escribe tus desdichas,
Casagrande,

Pomalca,

Cayaltí,

¡cuán verdes nombres!

y roba, buen ladrón, tus propiedades,
atraviesa los socavones áureos como un esmeril hambriento,
recoge en alta mar la red llena de nácares profundos.
Todo es tuyo, hermano, pues se hizo
con tu altiva desnudez de firmamento,
y fue bordado ricamente con la esperanza de tu edad,
y alguien lo puso en venta,
y otro pagó con tu escasez sus saciedades.
Destruye el hito fronterizo de lápiz de los mapas
y estrecha a tu vecino armado,
danza con él la paz, tu melodía,
canta tu enternecido alrededor y pinta
los dulces colores de tus valles sin dueño,

las formas generosas de tu asombrosa amistad.
Rasga el pabellón de bandas y estrellas de la brutal refinería,
reparte azúcares y platas,
pon huertos y alfabetos en las dunas,
adorna con músicas y oficios los abismos, las cúspides, las breñas,
y cuando hayas levantado tus caídas
regálalos a todos con tu pez y tu pan multiplicados.
Toma también, y es poco, mi tristeza encuadrada
donde los recuerdos fingen ser cosas sólidas
y aviéntala contra el cristal que nos separa,
porque nada te es ajeno, hermano,
ni el olvido que modeló las desemejanzas,
ni el error agazapado como un asaltante nocturno,
ni los balcones soleados por un estío particular,
ni todo lo que en su hartazgo atesora
el día domingo que ofrecen los anuncios de la carretera.
Y cuando recobres el habla,
cuando tus pasos inunden la inmensidad de la vida,
cuando derribada yazga la terrible sombra enemiga,
vuelva ser, hermano, la fábula que retorna a su infinito.
Ahora golpea, libertador, que estoy en tí:
¡Eres nosotros!

ESTANCIAS POETICAS DE EL TACTO DE LA ARAÑA

La poesía última de Salazar Bondy produce inocultable asombro en el lector y en el crítico. Antes de *El tacto de la araña*, estimaba la obra poética de Salazar por algunos poemas extraordinarios, del tipo de "Ojos, mundo"; pero su poesía se me figuraba, sin embargo, un conjunto de intuiciones fugaces agobiado por la incesante búsqueda de un temple, de un cauce idiomático que emparejara su vocación cultista con un innato reguste del habla coloquial, y el celo por el molde castellano, de inspiración literaria, con la picardía y nostalgia de la canción criolla; en suma, percibía en ella aquel esquivo anhelo, por entonces, de materializar la eternidad.

La cautela habitual en el oficio no me impone callar la impresión que me deja hoy su libro. Este no es ya un relámpago, no es siquiera un concierto de hallazgos deslumbrantes, es, y aflige decirlo ahora que el autor ya no existe, una iluminación continua, un vértigo constante de poesía y verdad, como quizá no hay otro en las últimas décadas de nuestra literatura.

El tacto de la araña empieza con un poema que debe leerse como dedicatoria y como testimonio. Dedicatoria que invoca al amor definitivo; testimonio de adhesión a una actitud frente al mundo, categorizado ideológica y estéticamente; y testimonio de fe en la capacidad del ser humano para ser él mismo, consciente de su condición precaria y su voluntad por trascenderla. Los poemas que lo siguen serán ordenados, por el análisis, en varias secciones que habrán de mostrar de qué modo, con qué intensidad y ante qué incitaciones, se vuelca esta poesía, especie de parábola contemporánea, y cómo el libro es un múltiple, aunque

unitario, asedio a la realidad plena, ante la cual el poeta consume su vocación de aprehender y describir la verdad trágica, pero hermosa y cautivante, de la entraña temporal que configura el ser del hombre y de su creación.

“Testamento Ológrafo”, en el portal de la serie, descubre serenamente la intimidad con la mujer amada; el monólogo sirve al curso del vivir que se proyecta en el mundo casero y lo confunde con el trabajo, los sueños, los objetos, y el presagio jamás pronunciado. Ahí están, rescatados, el cielo de la ciudad, trozos de biografía, los libros y sus páginas ganadas a la fatiga o la pereza, y un deseo de permanecer, de sobrevivir al tiempo que lo devora y que, al hacerlo, lo confirma en el penoso acceso a la realización íntegra. Las líneas finales depuran un rasgo esencial en la visión poética del autor, y lo hacen, justamente, en apertura de diálogo:

Accepta esto, recógelo en tu falda como unas migas,
da de comer al olvido con tan frágil manjar.

Qué extraña y conmovedora confesión de amor, y qué hábil manera de remozar el envejecido formulismo jurídico, para bromear con el tiempo e imaginar su proscripción; pero, además, qué natural comportamiento, viniendo de Sebastián, éste de partir del contacto efectivo, del ligamen familiar y sentimental, que es uno de los focos más diáfanos en su poesía, y en tan exacto ajuste también con el hombre que fue Salazar Bondy.

El cuerpo mismo del libro observa varias líneas de desarrollo que intentaremos esbozar, tanto en su estructura individual cuanto en su carácter complementario, y cuya relación podría definirse como un ritmo cíclico, como una tensión vigente que las engarza y completa, para llegar al diseño de una imagen general del hombre, inspirada en la experiencia de la vida y la muerte, y de la cual se infiere una poética inconfundible y vigorosa.

Tras el remanso de intimidad que infunde el poema inicial, los que lo siguen desvelan un cuadro exterior, abierto, volcado al reconocimiento del ser a través de los hechos, habituales o insólitos, minúsculos o graves, del vivir cotidiano. El aceptar la vida como un oficio amado y cruel, enternecedor y lastimoso al par. El admitir que ella es atravesada, en su centro mismo, por un

eje temporal que hace inevitable el cambio, y que ese cambio ocasiona su esplendor y miseria, y la perfecciona o la niega. Por saberlo, precisamente, dice de la vida: "...es lo único que verdaderamente me interesa / pues es más perfecta que los sueños". La exaltación de la riqueza fantástica que reside en los actos simples, repetidos o impredecibles, no lo conduce a la versión sentimental, ni al *beatus ille* pastoril, ni al estremecimiento teológico. Casi con sarcasmo, quizá con amargura, admite:

...que un día lleno de perfume y de música de alas
se la comen los gusanos,
se llama carroña
y todos la olvidan.

La vie en rose

Tal certeza irreversible, que nos remite al *tiempo* y a la *muerte*, fluye en el libro con una intensidad excepcional. Importa saber que no aparece en un discurso teorético; que, por el contrario, advenimos a su revelación tras sin número de instancias en las que la experiencia individual, o individualizada, nos atropella con una premura que dice de la lucidez del autor, y con una melancolía que no empaña la aceptación del destino irrevocable. He aquí un fino ejemplo de esta problemática:

Cuantos relojes he visto, cuántas veces
he ido de prisa a encontrarme con un vacío, ...
todos ellos son ciegos y crueles,
uno pierde el tren lo mismo,
uno envejece igual,
y caen los alcatraces, la vida, los años gota a gota.

Contra el reloj

El tiempo es, pues, la sustancia esencial, el horizonte en el que transcurrimos y desaparecemos. Es el tiempo adherido a las viejas y tenaces maderas, el rasgo que las califica: ellas "vieron a tantas familias despedirse, / volverse polvo y llovizna". En esa incidencia con el eje temporal se funda nuestra respuesta o receptividad, nuestra *deuda*, como la concibe el poeta en "Patio interior"; deuda que Salazar, angustiado por vivir *en el tiempo*, por encararlo plenamente en adhesión y en revuelta, liquida cuando exclama:

Patio interior,
cuervo de ociosas neblinas
entre cuyas largas plumas los amantes
se deslían como una inscripción de pañuelo
os debo ahora mismo mi fosforescente vicio,
y os habito,
os corrijo,
os firmo con mi rápido nombre de cuchillo.

La misma lógica que impone el cambio y que en la visión poética nos entrega a la persona y su mundo en unas *migas*, o el hilo de las sucesiones en una fila de *alcatraces que caen, como los años, gota a gota*, va extendiendo su imperio y acomete a otro amor de Sebastián: la ciudad. Cuenta el autor que arrebataron la noche a la ciudad moderna, y quedamos en ella “como buhos que buscan oscuridades”; pero dice también que esta otra noche, la modificada por los tubos fluorescentes, no es sino un remedio frustrado, “un antifaz fetal del día que pasó”. Y con *Life vest under your seat*, ese rótulo neutro que, no obstante, inquieta al pasajero cuando ocupa su plaza en el avión, Salazar reconstruye la atmósfera indefinible y desproporcionada que lo sobrecoge en el aeropuerto moderno:

Aeropuerto, piano de cola del planeta,
suenan en tu dentadura ciudades, cifras, apellidos,
y tus espesos ropajes de hierro amortiguado
retardan mi paso bajo tus horcas,
mi larga sombra ante tus lacios flecos eléctricos.

Es ese frío impersonal, ese bullicio sin afecto conocido, esa maquinaria compleja e imponente lo que ha marcado la reacción del escritor, lastimándolo con la falta de resonancia para su ansiedad de viajero, o su ilusión de cazador de vibraciones. Lo invade, por ello, un sentimiento de soledad, de solitario; el mismo que a veces lo introduce en el “claustro” de la calle, y le trae *la moña de la aurora*; aquella conciencia de que, “sin tenerlo”, pierde el día, aquél que late, como la ciudad auténtica, la vital y poblada de seres concretos, distinguibles, queridos, y de la que por vida estuvo “pendiente en cada sueño o pensamiento”. Los poemas: “Mendigo”, “Rayo de Cadáver” y “Operación Ayaucucho” subliman la percepción de un nuevo recorte que nos cer-

cena en cuanto hombres y víctima con el furor de la máquina, con la impiedad de la guerra, con el estigma de la injusticia. En cada instancia, el testimonio aflora como pérdida personal, como un reconocer que hemos cambiado, que nos han mutilado, y que, en cualquier caso, hay un tiempo que viene, el de los hijos ajenos o propios, que nos juzga en silencio pero sin piedad. Otra estancia del libro está compuesta por un espectro cargado de memorias: niñez, adolescencia, personas, objetos, casas, que en la alquimia del verso son rescatados para que el ayer se introduzca en el hoy. El tono nostálgico que a ratos campea en estas líneas, no triza la convicción de que se vive a este lado del tiempo; no encubre la realidad con la leyenda desvanecida; se limita a comprobar que el hoy es el ayer más la huella que impuso el pasó de los años, la interrogante cargada como un signo que cada quien posee, como una sombra que empalidece los perfiles. *Grabación para Augusto* ilustra esta gama poética que también encontramos en *Rosa sólo escrita* y en *Improbable juventud*, del cual copio un fragmento:

Quise ser un quimérico libro
abierto al azar por la brisa de su canción,
y hoy sólo tengo ausencias,
el dorado vacío de la improbable juventud
apretado en el pecho,
empobrecido ya y cayendo como la tarde.

Hay implicada toda una poética de lo memorable cuando Salazar escribe: "Espejo a medio día, el recuerdo es un oro impotente que nadie nos envidia"; por eso, sólo el recuerdo es capaz de oponerse a la "Astucia del olvido", y frente a éste, sólo el nombre —en el contexto del poema— puede redimir a "la improbable Hilda, a la no sé si Elba u Olga, de la muerte que ahora es su despiadada madre". Nuevamente los viejos tópicos de 'la muerte' y 'el olvido' se estrechan y confunden como en tantos pasajes del libro. En el texto "A unos poetas", el autor habla de los "mágicos labios comunicantes" de unos libros dilectos; en los "Convidados" el aprecio y el *nombre* reconstruyen el encuentro con los amigos lejanos; y, en "Salutación del pequeño optimista", frente a la toma de conciencia de algo que escapa a nuestra voluntad, asoman la *memoria* y la *palabra*, el *recuerdo* y el *buenos*

días, y nos reintegran a nuestra entraña humana, al gozoso reencontro con el prójimo y la vida plena, por virtud de la palabra que se hace poesía, y que, al descartar al olvido (y, en consecuencia, a la muerte) se hace vida.

La imagen del hombre se nos ha revelado así desde una doble coyuntura: como recluso y como despojado. Recluso o solitario, privado de afectos, incomunicado; y desposeído, avasallado por el artificio, la técnica o la despersonalización colectiva.

La muerte que Salazar describe “es un florido artefacto mecánico”. No hay duda que lo técnico y lo cosmopolita distorsionan el contacto humano y proscriben el perfil personal, generando ese desajuste que hiere al poeta en la *calle sin noche*, en el *aeropuerto sin eco afectivo*, en los *jardines de escaparate*; pero el tiempo que rige las sucesiones e invita al olvido, a pesar de la memoria, al despojarnos nos urge a vivir de remanentes, y, cada día, nos hurta un poco más, al extremo que el poeta se pregunta por la *tierra perdida*:

Y como seré capaz de tomar un mapa escolar y encontrar
en sus minucias el lugar tórrido de la inocencia,
la tierra que perdí bajo los pies antes de irme
y cómo, al fin, he de aceptar sin más mi plato de lentejas.

Así llega Sebastián Salazar a un tercer estadio en el que el mundo individual y el urbano se incluyen en la visión de la sociedad como fenómeno sociológico. Persiste el acento cordial y la configuración de la imagen se desgaja desde la experiencia concreta; por ello su palabra está henchida de vigor, desprovista de estridencia; su tono es enfático sin ser retórico; y la condensación del pensamiento nos llega en el interrogatorio a los héroes por la herencia prehispánica, por los mitos de que nos hicieron creyentes, o en el reproche por la paz interior y exterior que nos enajenaron.

Digamos que el arte poética de Salazar Bondy aparece con claridad en los breves y limpios versos de su “Recado para un joven poeta”:

No estés solo,
no hables contigo de tí mismo,

no mires demasiado
tu cinema en penumbra.

pero que igualmente aflora cuando escribe el enamorado o discurre sobre la poesía, y cuando confiesa que espera que ésta lo consuma y maltrate, antes que proclamarse su trovador o su dueño. Poética construida en función de un *tú* y un destino solidarios; dispuesta para contagiarnos la conciencia del tiempo que se agazapa en el ritmo del verso, y que nos acomete con la cuidada disonancia del léxico, con el expresionismo incisivo, sarcástico, de las figuras, para, finalmente, precipitarse y subyugar-nos con la intensidad plástica de las enumeraciones que decrecen y se renuevan, y que, en su dinámica, redefinen el valor de los símbolos tradicionales.

Si la poética nos dibuja al enamorado y al hombre que renacen en la entrega absoluta y, palabra a palabra, recomponen su lección sobre el tiempo y el olvido, la *muerte* es el meollo fundamental del libro, y de muerte se nutre su palabra poética: los nuevos tiempos, los nuevos versos, la nueva violencia no acallarán su mensaje: "si borrarse las cosas atroces / que nos emparentan con la muerte"; y aunque el autor no la define, las líneas que siguen identifican a la muerte y nos previenen:

Sin duda, la verdadera muerte es lo que nos niega.

Ya nade cabe agregar a estos versos; ellos nos devuelven al poeta entero:

Tengo los siglos del mundo
y soy la ansiosa nariz
de un animal del tercer día
donde ya está el hombre,
donde estuvo dios antes de morir,
donde mañana estaré
todo claro purificado.

Y así está ahora, Salazar, en su poesía.

ALBERTO ESCOBAR

NOTICIA

En el presente volumen se han reunido todos los poemarios de Sebastián Salazar Bondy, con excepción de *Rótulo de la esfinge* y *Bahía del dolor* (publicados ambos en Lima y en 1943), por cuanto su propio autor prefirió olvidar esas prematuras obras de juventud.

Los títulos que aquí se reúnen vieron la luz en las fechas que aparecen, bajo cada uno de ellos, en las páginas respectivas de este tomo.

En cuanto al lugar de edición, *Voz desde la vigilia* y *Cuaderno de la persona oscura* se publicaron en Lima; *Máscara del que duerme*, en Buenos Aires, dentro de las ediciones Botella al Mar, lo mismo que *Los ojos del pródigo*, libro este último que incluyó las *Tres confesiones* aparecidas en una plaqueta bajo el sello de Ediciones Cuarta Vigilia (Buenos Aires, 1950), razón por la cual no consideramos aquí esas breves páginas como un título independiente. Otra plaqueta: *Vida de Ximena*, y el *Cuadernillo de Oriente*, fueron publicados en Lima, igual que *Confidencia en alta voz*. Este último libro corresponde casi exactamente a *Conducta sentimental* que apareció tres años después (en 1963) en Caracas; empero, los originales sobre los que se hizo la edición venezolana —y que S. S. B. envió a Caracas, al concurso para el Premio León de Greif, bastante antes de publicar el poemario en Lima— fueron corregidos y reordenados para la edición limeña; el autor hizo cambios no sólo en el título general, sino en el de algunos poemas, así como en el texto mismo. Es por esto que se da en este volumen la edición limeña y, al final de la misma, bajo el título de la realizada en Caracas, los poemas que el autor suprimió pero que figuraban en el conjunto que obtuvo el premio internacional mencionado.

Los poemas que conforman *El tacto de la araña* y *Sombras como cosas sólidas*, fueron publicados póstumamente en Lima por Francisco Moncloa Editores S. A.; los primeros en una edición de lujo (diciembre de 1965, Lima) y luego ambos títulos en un mismo volumen aparecido en 1966, también en Lima.

INDICE

La poesía en la vida y en la obra de S. S. B. por <i>Emilio A. Westphalen</i>	9
Nota sobre la poesía de S. S. B., por <i>Javier Sologuren</i>	14

VOZ DESDE LA VIGILIA

Plenitud para amar	21
I, II, III	21
IV, V, VI	22
VII, VIII	23
IX, X, XI	24
XII	25
... Y he aquí la certeza	26
Población en la sombra	28
I	28
II	29
III	30
IV	31
V	32
VI	33
VII	34

CUADERNO DE LA PERSONA OSCURA

Peregrinaciones de las horas	37
I	37
II	38
III	39
IV	40
V	41
VI	42

VII	43
VIII	44
IX	45
X	46

MEMORIA DEL SUEÑO Y SU CUCHILLO

Arte del poema	47
Discurso del amor o la contemplación	48
Elegía para los muros	50
Las relaciones humanas	51
El semblante	52
Elogio de la pasión temprana	53
Al sueño	54
La danza	55

PAPELES DE LA AMADA Y EL AMIGO

Sonetos entre el espino y la dolora	57
I	57
2	58
3	59
Epigrama o baladilla del menudo amor	60
Nueva oda al viejo modo de Fray Luis de León	61
Noción de la cosa triste	63
Muerto irreparable	64
Sobre los dioses	66

MASCARA DEL QUE DUERME

I	69
II (<i>la piedra</i>)	70
III (<i>el huido</i>)	
IV (<i>cuerpo despierto</i>)	72
V (<i>sobre el agua</i>)	73
VI (<i>ausente total</i>)	74
VII (<i>en la noche</i>)	75
VIII (<i>¿la luz?</i>)	76
IX (<i>otro cuerpo</i>)	77
X (<i>del amor</i>)	78

LOS OJOS DEL PRODIGO

EL PRÓDIGO

Los ojos del pródigo	81
Barrio del adolescente	83

América	85
Los despojos	87
Paseo	88
Oficinistas	89
Toda muchacha	90
Navidad del ausente	91
Padre	92
Para el capitán Carlos Bondy	93
Río de Buenos Aires	94
Tres confesiones	96
1	96
2	97
3	98
RECUERDOS	
Plaza de Armas	99
Los puentes	100
Desde un balcón	101
Mujer y perros	102
Misa de nueve	103
LOS OFICIOS	
Del mar océano	104
(<i>El pescador</i>)	104
(<i>El marinero</i>)	104
Diálogo del pastor y labrador	106
Cielo textil de Paracas	108
Obra de joyería	109
El mendigo	110
Llamas de la pintura	111
Los ladrones	112
CONFIDENCIA EN ALTA VOZ	
Confidencia en alta voz	115
Otro reino	117
Cita en el bullicio	118
Costa y mujer	119
La casa	121
Café a medianoche	123
Los amigos	125
Tres valsos criollos	126

1 <i>El corazón puesto a prueba</i>	126
2 <i>Boite y melancolía</i>	128
3 <i>Disco en la tristeza</i>	129
Dos polkas limeñas	130
1 <i>Estar contigo</i>	130
2 <i>Te besaré</i>	131
Reloj implacable	132
Proyecto del pasado	134
El triunfo	135
Carta a Narciso, desde América	136
Viaje hacia mí	138
Tonada del adolescente	140
El domingo	141
Elogio de la carne	142
Remordimiento en alguna calle	143
Los amigos del suicida	145
Guitarrista	146
Amor entre sombra	147
Recuerdo a cada rato	148
No apagues la lámpara	150
Identidad sentimental	151
<i>Lugar de nacimiento</i>	151
<i>Edad</i>	152
<i>Instrucción</i>	153
<i>¿Religión?</i>	154
<i>Filiación política</i>	155
El poeta conoce la poesía	156
Palabras en un hotel	158
Carta sobre Valparaíso	160
Desde el corazón	162
Tres epigramas de París	163
Cosas no habidas	165
Café Mabillón	166
Pueblo español	167
Adiós en Santander	168
Sueño del extranjero	169
[de CONDUCTA SENTIMENTAL]	
Tango bar	170
Las cumbres	171
Todo esto es mi país	173

VIDA DE XIMENA

I <i>Ojos, mundo</i>	179
II <i>Noches de vigilia</i>	180
III <i>Primera sonrisa</i>	181
IV <i>Las palabras</i>	182
V <i>Fantasia</i>	183
VI <i>Mañana</i>	184

CUADERNILLO DE ORIENTE

Adiós al otoño japonés	187
Pequeña carta para la China	189

EL TACTO DE LA ARAÑA

Testamento ológrafo	193
La vie en rose	194
Contra el reloj	196
Patio interior	198
Luz neón	199
Live vest under your seat	201
Close up	202
Esto mismo	203
Grabación para Augusto	204
Rosa solo escrita	205
Realidad toda mujer	206
Salutación del pequeño optimista	207
Astucia del olvido	208
Diálogo del vino	209
Improbable juventud	211
A unos poetas	212
Recado para un joven poeta	213
Describo el invierno	215
Concierto de la memoria	216
Cinco ejercicios tenaces	217
1 El amor	217
2 La poesía	218
3 La libertad	219
4 La nada	220
5 El animal	221
Pregunto por la tierra perdida	222
Sobre los héroes	223
Operación Ayacucho	225

Los convidados	227
Mendigo	229
Rayo de cadáver	230
Listen yankee	231
Otros tiempos y versos mejores	232
SOMBRAS COMO COSAS SOLIDAS	
Sombras del origen	237
Desterrados de la luz	239
Sin saber para qué	242
El cuerpo desollado	244
Sombras del destino	247
Para ponerse de acuerdo	249
La fábula que retorna	251
Estancias poéticas de <i>El tacto de la araña</i> , por Alberto Escobar	253
NOTICIA	255

POEMAS, tercer tomo de las Obras
de Sebastián Salazar Bondy, se ter-
minó de imprimir el 17 de Diciem-
bre de 1967, en los talleres de
INDUSTRIAL*gráfica* S. A.,
Chavín 45, Breña — Lima, Perú

PQ8097. S233 1967 V3



a39001

004143528b

10-69

